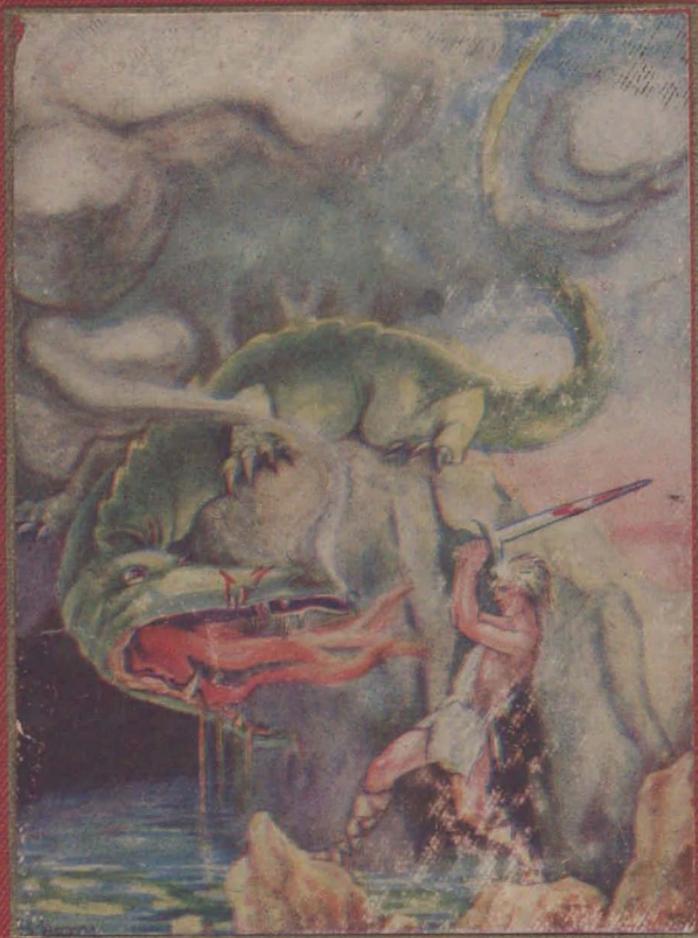


SIGFRIDO:



COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

Declarada por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes.
Premiadas en las Exposiciones de
:: Leipzig, Barcelona y Sevilla ::

LA LEYENDA DE SIGFRIDO



VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

El censor,
Franc.º de P. Rivas y Servet
Presbítero

Barcelona 21 de Octubre 1914

IMPRIMASE

El Vicario Capitular,
José Palmarola

Por mandato de Su Sría.,
Lic. Salvador Carreras, Pbr.
Scrio. Canc.

1.20

LA LEYENDA DE SIGFRIDO

ADAPTADA PARA LOS NIÑOS
POR

MARÍA LUZ MORALES

CON ILUSTRACIONES DE
HOMS

SEGUNDA EDICIÓN

29.176



118443

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 — BARCELONA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Prólogo</i>	VII
<i>El tesoro del Nibelungo</i>	11
<i>Sigfrido, adolescente</i>	20
<i>El Dragón</i>	27
<i>El tesoro</i>	34
<i>Krimhilde</i>	43
<i>Brunhilde</i>	53
<i>Las bodas</i>	64
<i>Batalla de reinas</i>	79
<i>La traición</i>	92
<i>La cacería</i>	101
<i>El lamento de la reina</i>	110
<i>El fin del tesoro</i>	115
<i>El amor de Atila</i>	121
<i>La invitación de Krimhilde</i>	129
<i>Los nuevos Nibelungos</i>	137
<i>La venganza de Krimhilde</i>	143

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

<i>Abrió el monstruo la boca</i>	Frontis
	<u>Págs.</u>
<i>...y esperó a pie firme a su espantosa adversario.</i>	29
<i>—Las Walkirias, sus súbditas...</i>	56
<i>—¡En guardia, rey Gunther!</i>	61
<i>—¡Detente! ¡Detente!</i>	89
<i>...cerca del manantial, vió a Sigfrido...</i>	107
<i>...Krimhilde se adelantó a recibir a su nuevo es-</i> <i>poso</i>	127
<i>...lo venció y lo arrojó al agua</i>	141
<i>—Tu hijo paga por nuestros soldados</i>	146

PRÓLOGO

He aquí, queridos niños, en este libro que váis a leer, el más fantástico de los cuentos que vuestra imaginación pudiera soñar. Es un cuento viejo, muy viejo, tan viejo que ha pasado a la categoría de leyenda, y tan bello que siendo originario de tierra lejana muy lejana, su mucha belleza le ha hecho perdurar a través de los tiempos, y a través de la distancia le ha traído hasta aquí.

La leyenda de Sigfrido, el más popular y el más grande de los héroes germánicos, forma la parte central o nudo de una gran epopeya de aquellos países que lleva el nombre de Los Nibelungos, y que fué escrita por primera vez hacia el año 1200—hace siete

siglos—, aunque mucho antes la cantaran los trovadores de palacio en palacio y de pueblo en pueblo. De antiquísimo origen, extraordinario vigor y fantasía desbordante, la leyenda de Los Nibelungos es la epopeya más notable de la antigua literatura alemana, si bien el largo olvido de más de tres siglos, en que se la tuvo, y las distintas versiones que de ella después se han ido haciendo, han contribuído a debilitarla y a desfigurarla. Ha corrido la misma suerte que los primitivos poemas helenos, pero éstos, al ser reconstituídos, lo fueron por manos más hábiles e inteligencias más finas que las que han traído hasta nosotros el viejo poema germánico.

Esto es causa de que en esta leyenda se encuentren las contradicciones más extrañas y las mezclas más raras, se unan tiempos mitológicos y épocas históricas, se junten—éste es a mi juicio su mayor defecto—ideas paganas e ideas cristianas, se entremezclen elementos míticos, legendarios e históricos. La figura de Sigfrido, por ejemplo, recuerda de modo palpable, evidente, a todos los antiguos mitos solares (su lucha con los monstruos y enanos es la eterna lucha de la luz

con las tinieblas, del Bien y el Mal); sus aventuras se encuentran en los cuentos populares de muchos países, y la destrucción de los Burgundos por los Hunos es, en cambio, un hecho histórico que en cualquier manual de Historia se puede encontrar.

El gran maestro alemán Wagner se inspiró en este poema para componer su musical Tetralogía que le ha hecho famoso. Mas, encontrando en él, sin duda, los extraños defectos que hemos apuntado, lo alteró a su manera, lo combinó con elementos de la mitología escandinava y dejando a su fantasía plena libertad, compuso una obra poética de incalculable valor. Otro ilustre poeta de la Alemania moderna, Hebbel, se sintió tentado también por la belleza del asunto y escribió una tragedia en tres partes titulada: Sigfrido, el de la piel de cuerno, La muerte de Sigfrido y La venganza de Krimhilde. Esta obra se acerca más a la leyenda original que la de Wagner, si bien difiere en muchos puntos, siendo el más esencial de ellos el intento de Hebbel de hacer del conjunto una a modo de lucha entre el paganismo y el

cristianismo, quedando al fin éste vencedor de aquél.

Humildemente, nosotros, aunque confesamos haber tenido a la vista para componer este libro la originaria, bárbara leyenda, y los poemas de Wagner y el drama de Hebbel, y haber picoteado en unos y en otros para sacar lo más claro y limpio posible el hilo de la narración, tenemos que declarar que nuestro único intento ha sido hacer un cuento para niños, sin ninguna otra aspiración.

Sin ninguna otra... Pero, ¿es qué esto de querer cautivar la atención de los niños guiándoles por caminos de belleza y bondad, es acaso poco pretender?

MARÍA LUZ.

EL TESORO DEL NIBELUNGO

Cuentan las más viejas leyendas germánicas, que un día, antes del Ocaso de los Dioses nórdicos, Wotan (1), el más poderoso de todos, quiso hacer una de sus acostumbradas peregrinaciones por la tierra y, acompañado de dos vasallos escogidos entre los más

(1) WOTAN.—Era el más poderoso de los múltiples dioses de la mitología nórdica. Representaba en ella, en unión de los de su raza, al Bien, en oposición al Mal, representado por la casta de los Gigantes. Era el dios de la guerra y al mismo tiempo el de la sabiduría; equivale, por lo tanto, conjuntamente, al Zeus o Júpiter y al Marte de la Mitología greco-latina. Según la leyenda de Escandinavia, dotó a los humanos de inteligencia y sabiduría, y les enseñó el arte de la elocuencia, el de la escritura jeroglífica, y el de la guerra. Por beber en la fuente de la sabiduría, que custodiaba el Gigante Mimir, dió a éste uno de sus ojos, y por ello se le representa con un ojo solo y con un alto casco y un manto negro, que era el afavío que llevaba para andar por la tierra y aparecer en todo lugar donde debiera hacer prevalecer la justicia u otorgar sus consuelos y dones. Habítaba el Walhalla —Cielo de la Mitología nórdica—, equivalente al Olimpo griego, y a donde iban a reposar las almas de los guerreros muertos en el campo de batalla.

fieles, se encaminó al País de los Gigantes (1).

Anda que te anda, llegaron a un río cuyo curso remontaron hasta llegar a un lugar en que las aguas, despeñándose, formaban una hirviente catarata, en la que brillaban todos los colores del iris. El dios y sus compañeros se detuvieron un momento a admirar el bello espectáculo, y vieron una nutria de colosal tamaño que había pescado un sollo y se disponía a comérselo. Uno de los compañeros del dios cogió una piedra y la tiró a la cabeza de la nutria que murió en el acto. Y el compañero del dios se puso muy contento al ver que había hecho doble presa de un solo golpe. Porque cogió la nutria y el sollo y, en compañía de Wotan y del otro compañero siguió su camino.

Anda que te anda llegaron a casa de un

(1) LOS GIGANTES.—Como ya hemos dicho en la nota anterior, los Gigantes representan, en la Mitología nórdica, al Mal. Habitaban el país de la niebla, del que era rey el colosal Himer, tan feroz y bestial como sus súbditos. Este país de la niebla, era, indudablemente, el caos, pues según las confusas nociones que de la referida Mitología pueden hallarse, el dios primitivo Bur, en unión de su hijo Bor y de su nieto Wotan, mató a Himer, y entonces Wotan sacó de su carne la tierra, de sus huesos los montes, de sus cabellos los bosques, de su sangre el mar, de su cerebro la capa del cielo con el sol, la luna y las estrellas.

aldeano muy rico, cuyo nombre era Reidmaro. Llamaron a su puerta y le pidieron hospitalidad por aquella noche, lo que él les concedió de buen grado, si bien advirtiéndoles que no podía ofrecerles cena.

—No importa—dijeron—, nosotros la traemos.

Y mostraron la pesca que habían hecho en la catarata.

Ver el gigante la nutria y empezar a lanzar unos alaridos espantosos, todo fué uno. Su rostro se tornó blanco como la nieve y todo su inmenso cuerpo tembló violentamente.

—¡Fafner! ¡Mime!—gritó con voz tonante—. He aquí, hijos míos, a vuestro pobre hermano muerto.

Fafner y Mime eran dos gigantes de aspecto tan terrible como su padre y la nutria muerta era un tercer hijo de Reidmaro, a quien un mago había transformado.

El padre y los dos hijos empezaron a lamentarse a coro, dando unos gritos capaces de conmover a las mismas piedras. Wotan y sus acompañantes estaban ya arrepentidos de tan desdichada pesca, pues los gigantes

tenían gran poder y enorme fuerza. Y, en efecto, cesaron en sus lamentaciones y procedieron a aherrojar a sus huéspedes.

Entonces Wotan, que con el poder sobrenatural de su único ojo, podía leer en el alma de las gentes y sabía cómo la codicia era la pasión dominante de los gigantes, ofreció a Reidmaro darle cuanto le pidiera en desagravio de la muerte de su hijo. El gigante aceptó, y extendiendo a su hijo muerto en el suelo, dijo a Wotan que le libertaría, a él y a sus compañeros, cuando hubieran cubierto de oro aquel cadáver, que era como ya hemos dicho de un colosal tamaño.

Wotan y los suyos hablaron entre sí unos momentos. No poseían oro alguno; cuanto entonces existía estaba en poder de los Nibelungos (1), los codiciosos enanillos negros que lo arrancaban de las entrañas de la tierra y en sus profundidades lo guardaban, custodiándolo día y noche celosamente. El más rico y

(1) LOS NIBELUNGOS.—Los Nibelungos eran un mítico linaje de enanos descendientes del rey *Nibelungo*, que quiere decir «hijo de la obscuridad, de las tinieblas». Se les suponía, pues, habitantes de las entrañas de la tierra y dueños de los inmensos tesoros que en ellas se esconden. En la leyenda que en este libro se refiere, breve y sencillamente, el título de Nibelungo, originario de los primitivos dueños del tesoro a quienes lo arrebató Sigfrido, sirve después para designar a sus sucesivos poseedores.

más horrible de todos ellos era Alberico, rey de los Nibelungos, quien conocía tan bien las artes mágicas, que tenía, gracias a ellas y a un también mágico anillo que poseía, el poder de cambiar de aspecto según su capricho. Wotan rogó al gigante que dejara en libertad a uno de sus vasallos y ordenó a éste que fuera a pedir a Alberico su tesoro.

Y anduvo el mensajero de Wotan día y noche, hasta dar con la guarida de Alberico, perdida en lo más intrincado de la Selva Encantada. Y halló, al fin, a Alberico, que se le presentó bajo la forma de un pez. Como el emisario del dios era astuto no tardó mucho en capturarlo, y cuando lo tuvo bien apretado entre sus dedos, le ordenó que le condujera a donde guardaba sus riquezas, que él venía a buscar por mandato de Wotan. El Nibelungo trataba en vano de escurrirse de entre sus dedos; el mensajero de Wotan le apretaba cada vez con más fuerza, amenazándole con la muerte si contrariaba los deseos del dios.

El Nibelungo no tuvo otro remedio que guiar al mensajero a su subterráneo, donde el oro brillaba en copiosos montones, a la

luz de los claros diamantes que con él se entremezclaban. Todo, hasta la última pepita fué sacado a la superficie y amontonado en la Selva Encantada. Sólo entonces fué liberado Alberico.

Mas al recobrar el Nibelungo su mísera forma humana, el mensajero de Wotan observó que escondía algo en su mano derecha, fuertemente cerrada.

—¿Qué llevas ahí? ¿Por qué escondes algo de mí? ¡Abre en seguida la mano, si no temes la ira de Wotan!—dijo el mensajero, cogiendo al enano por el pescuezo y amenazándole con ahogarle.

Y una vez más Alberico se vió forzado a ceder, y abrió la mano, mostrando un anillo de oro. El mensajero de Wotan se lo arrebató.

—¡Devuélvemelo!—gemía el enano—. ¡Devuélvemelo! y podré recuperar la fortuna que me arrebatas.

Pero el mensajero de Wotan no quiso escucharle y le volvió la espalda llevándose todo el tesoro. Alberico, furioso, le persiguió largo rato y cuando vió que no podía alcanzarle, le gritó, fuera de sí:

—¡Llévatelo, maldito! ¡Mas sabe que sobre ese anillo pesa una maldición y es funesto a aquel que lo posee!

Pero el mensajero de Wotan se encogió de hombros, y anda que andarás noche y día llegó de nuevo al País de los Gigantes y al lugar donde Reidmaro y sus hijos se preparaban ya a tomar cruenta venganza de la muerte de la nutria. El mensajero entregó a Wotan el tesoro del Nibelungo y el anillo de Alberico, que el dios se puso en el dedo sin reparar apenas en su riqueza y exquisita labor. Después Wotan y sus dos compañeros empezaron a cubrir de oro el cadáver de la nutria. Y amontonaban oro y más oro, y más oro, y parecía como si el cadáver se hiciera cada vez más enorme, pues nunca acababa de estar cubierto del todo. Al fin, empleando en ello todo el oro acumulado en la cueva de Alberico, consiguieron su objeto. Y preguntaron a Reidmaro si estaba satisfecho ya.

El gigante y sus hijos dieron vueltas y más vueltas al cadáver, examinándolo por todos lados detenidamente para ver si aún quedaba la menor partícula por cubrir. Y he aquí

que en estas vueltas y revueltas, el gigante padre ve el luciente anillo que Wotan llevaba en el dedo, y pretextando que aún se veía una mínima parte de la cola de la nutria exige al dios que dé el anillo también.

Wotan se lo dió. Y los gigantes le dejaron marchar, a él y a sus compañeros. Mas, al estar en la puerta el compañero de Wotan que había traído el tesoro, se volvió y con voz entre terrible y burlona, transmitió a Reidmaro la maldición de Alberico.

—¡ Buen provecho te haga el anillo !—gritó—. ¡ No lo disfrutarás largo tiempo, que aquél que lo posee, atrae la desgracia sobre sí !

Y Wotan y sus dos compañeros siguieron su camino, por el mundo adelante, anda que te anda.

En tanto ellos se alejaban, la maldición del Nibelungo se cumplía. Fafner y Mime, codiciosos como toda aquella raza de gigantes, exigieron a su padre que partiera el tesoro con ellos. Reidmaro se negó, alegando que el precio de la vida de su hijo debía ser sólo para él. Fué entonces cuando Mime y Jafner concibieron el horrible proyecto de matar a su

padre. Y fué Fafner, el más cruel de los dos, el que lo cumplió.

Y he aquí que cuando Mime exigió a Jafner la mitad del tesoro, Fafner, a su vez, se la negó.

—Soy yo—dijo—quien he realizado la hazaña de matar a nuestro padre para gozar del tesoro. No lo partiré con nadie. Aléjate, pues, y olvida el oro del Nibelungo si no quieres correr la misma suerte que a tu padre has visto correr.

Mime se alejó, temeroso, y fué a esconderse en un bosque intrincado. Pero no olvidó nunca el tesoro del Nibelungo.

En tanto, Fafner, temeroso de que la fama de su portentoso tesoro se extendiera por el mundo adelante, y alguien se lo robara, lo transportó a la Selva Encantada, lo escondió en una profunda caverna y, transformándose en horrible dragón que vomitaba fuego sobre todo aquél que intentaba acercarse, guardó, día y noche, la entrada.

II

SIGFRIDO, ADOLESCENTE

Además de sus hijos, los dioses, tuvo Wotan—el dios más poderoso de la mitología germánica—una larga descendencia de hijos mortales, semidioses o héroes, a la que amó extremadamente. Mas sucedió que esta raza, de condición tan guerrera y valiente que mereció el nombre de Raza de los Lobos, fué, a causa de tantas y tantas batallas como llegó a librar, extinguiéndose poco a poco, pereciendo a manos de sus innumerables enemigos feroces. El último de la raza

amada por Wotan, fué Siegmundo, tan dilecto de su padre que obtuvo la maravillosa espada del dios, la más bella, luciente y poderosa del mundo, sobre cuya empuñadura se leía la siguiente inscripción :

Balmunga es mi nombre;
soy la espada del dios de la guerra;
quien arme con mi acero su mano,
será invencible en la tierra.

Mas sucedió que Siegmundo llevado de la ferocidad natural de su raza, de la potencia que el don del dios le confería y acaso de la desesperación que le causaba ver a su raza extinguirse, cercada de enemigos por todas partes, vertió e hizo verter tanta sangre, que, en un último combate, con un rey rival, Wotan, presentándose de improviso envuelto en su manto, cubierta la testa con el luciente casco, le ordenó desistir de la lucha.

Mas Siegmundo no estaba acostumbrado a retroceder jamás cuando había empuñado la espada. Ciego de ira, blandiendo la invencible Balmunga, se lanzó contra el propio Wotan. Pero el dios opuso su lanza, y, a su solo

contacto, la Balmunga se deshizo en mil pedazos.

Era llegada la última hora del héroe Siegmundo, último rey de la raza de los Lobos, descendientes de Wotan.

Entonces Brunhilde, la reina de las Walkirias (1), doncellas guerreras, hijas a su vez del rey Wotan, apareció cabalgando en su caballo blanco y, para defender a Siegmundo opuso también su lanza a la lanza del dios. Mas no había poder que al poder de Wotan sobrepusiera. La lanza de Brunhilde cayó también, rota en dos trozos, al suelo. Y la Walkiria fué castigada.

La postrera hora del rey Siegmundo, último de la raza de los Lobos, héroes descendientes del mismo dios Wotan, había sonado. Antes de morir dió a su esposa los trozos de la Balmunga, encargándole que los guardara para el hijo de los dos que aún había de

(1) LAS WALKIRIAS.—Las Walkirias, hijas de Wotan, eran doncellas guerreras (equivalentes a las Amazonas greco-latinas), cuya misión era recoger en los campos de batalla las almas de los guerreros muertos para conducirlos al Walhalla. Montadas en impetuosos caballos, armadas de lanza y escudo, recorrían, intrépidas, los lugares de más peligro, y llevando en sus brazos los cuerpos de los combatientes subían a galope el Arco-Iris, lanzando su grito de guerra: «¡Oio-to-oi!»

nacer y que sería el más famoso entre los héroes germánicos de todos los tiempos.

¡¡ Sigfrido !!



La madre de Sigfrido había muerto también, y el niño, porque el rey usurpador del trono de Siegmundo no lo descubriera y matara, fué confiado a un mísero herrero que vivía en el corazón de un intrincado bosque. Y he aquí que este herrero, famosísimo por su habilidad, no era otro que el malvado Mime, hermano de Fafner.

Y he aquí que Sigfrido, a medida que crecía, tornábase tan vivaz e indómito que nadie, ni aun el mismo Mime, podía sujetarlo. La vieja leyenda cuenta cómo, en la carrera, era vencedor siempre, cómo en vez de entretenerse con los juegos tranquilos de los otros muchachos, disfrutaba cazando osos y leones, y realizando las más raras proezas. En la fragua, cuando golpeaba en el yunque con el martillo, las chispas que salían del hierro llegaban hasta el techo de la cabaña, hasta

parecer que iban a incendiarla. Y a pesar de todo esto era tan ingenuo en todo, que creía cuanto le decían, aunque le engañaran. Y en el fondo de su corazón todo era bondad. La dulzura de su voz contrastaba con la fiereza de su ademán y de su mirada. Todos los pajarillos del bosque se detenían a escucharle cuando, golpea que golpearás en el yunque, cantaba, cantaba...

Un día Sigfrido, adolescente ya, encontró los trozos de la Balmunga, la espada invencible que el propio dios Wotan diera un día al rey Siegmundo, su padre. (El codicioso y pérfido Mime había tratado mil veces de unir los pedazos forjándola de nuevo, y jamás pudo lograrlo.) Y he aquí que aquel día Sigfrido, mientras forjaba, entonaba su mejor canción con voz cada vez más potente. Brotaban a miles las chispas del yunque, chisporroteaba el agua al hundirse en ella el acero. (Penetraban la envidia y el odio cada vez más hondos en el menguado corazón de Mime...)

Y he aquí que, de pronto, la canción se interrumpe. Sigfrido lanza un grito triunfal:

—¡ La espada ! ¡ ¡ He aquí la espada !!

Y, en efecto, la Balmunga, relucía en su mano, nuevecita, intacta, potente.

Dijo Mime :

—Probemos el filo.

Y arrancando una pluma a un ave muerta que había en la cueva, la cortó, por la mitad, en el aire.

La cólera, la rabia, los celos de Mime, estuvieron a punto de estallar, al ver la destreza y la fuerza de su discípulo y contemplarle dueño de la invencible Balmunga. Mas, porque era la Balmunga invencible y el brazo del héroe potente, dominó el herrero su rencor y dejó que en él triunfara la astucia.

—Torna a tus lares, Sigfrido, hijo del rey Siegmundo—dijo al adolescente—, que yo nada puedo ya enseñarte. Mas sabe que te quiero bien.

Sigfrido, que no estaba acostumbrado a que el pérfido herrero le hablase con tanta benevolencia, le miró asombrado.

—Te quiero bien—repitió el herrero—y voy a hacerte poderoso.

Sigfrido creía soñar y al mismo tiempo la insistencia de su patrón le irritaba ; quería

marcharse, le corría prisa gozar de su espada y de su libertad.

—Escucha—continuaba el herrero con intención de perder a su aventajado discípulo—, si sigues siempre derecho por el bosque adelante y bordeas luego las landas, penetrarás en la Selva Encantada... Allí, en lo más profundo de su seno, hay una caverna en la que se esconde el más maravilloso tesoro que pueda soñarse. Hay en él montones de oro que bastarían a comprar reinos y más reinos; hay también un anillo que confiere a quien lo posee poder sobrehumano.

Sigfrido escuchaba distraído, cada vez más impaciente. Mime continuaba hablando:

--El tesoro es maravilloso, pero... Un horrible monstruo cubierto de escamas de bronce, un terrible dragón que vomita fuego por narices y boca sobre el que se acerca, guarda la entrada y custodia el tesoro...

Entonces fué cuando Sigfrido, que hacía un instante escuchaba atentamente, dió un grito de triunfo y de gozo.

—¡ Un dragón ! ¡ Dí, Mime, vil herrero, ¿dónde está, que voy a matarlo?

III

EL DRAGÓN

Caballero en su blanco caballo, sin otro vestido que la piel de carnero que sujetaba a su cuerpo con el tosco cinto, sin otra fortuna que la luciente Balmunga pendiente al costado, Sigfrido anduvo de día y de noche, cruzó, de parte a parte, el bosque, bordeó las landas, y, según la indicación de Mime, penetró al amanecer del tercer día en la Selva Encantada.

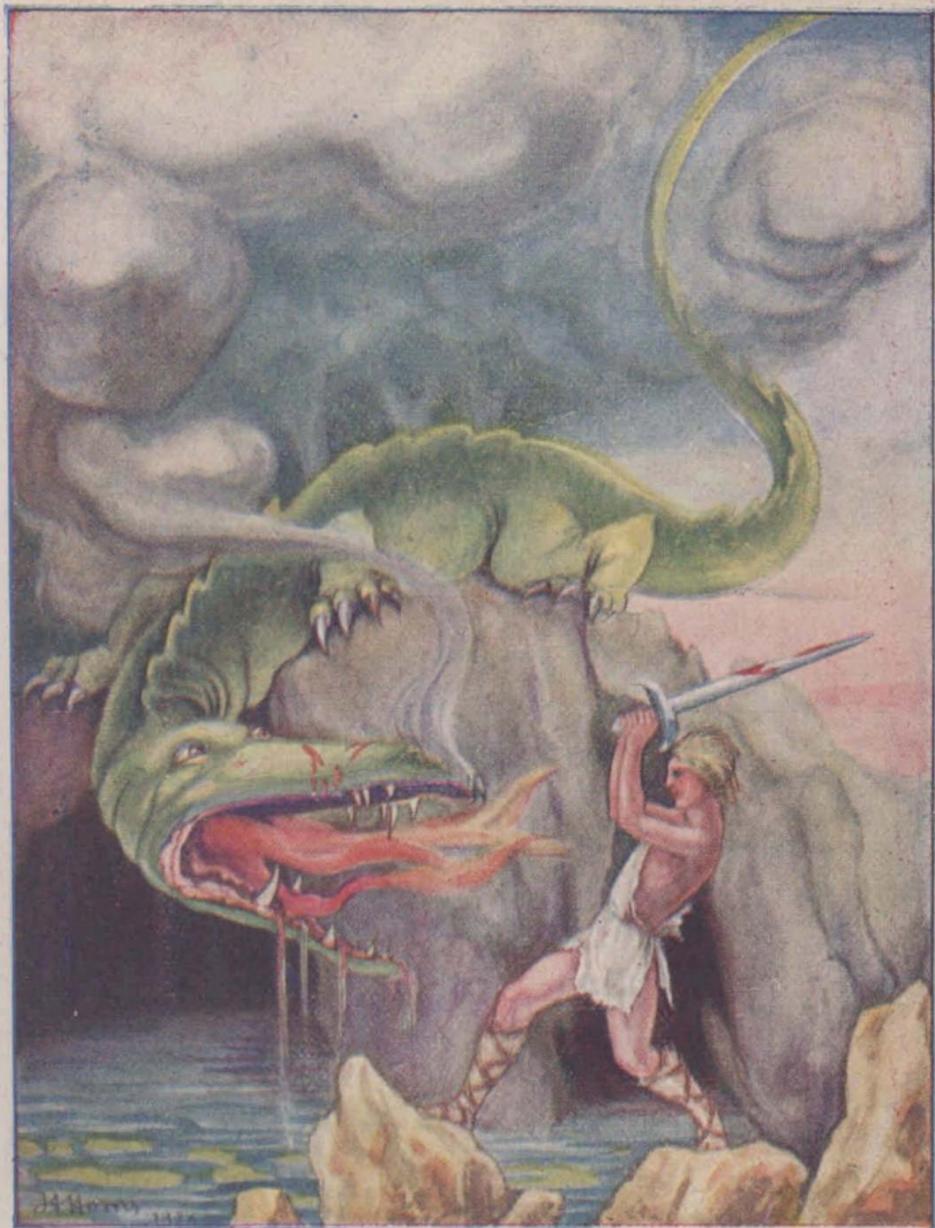
Jamás el adolescente, criado en plena naturaleza, había contemplado espectáculo igual. Los árboles, verdaderamente gigantes, levantaban sus ramas hasta el mismo cie-

lo, la fronda se entretejía en bóveda espesísima que apenas dejaba pasar un rayo de sol ; las flores más brillantes y raras tapizaban la tierra, en tupida alfombra. En la enramada mil pájaros entonaban sus himnos y su canto y el rumor del follaje al ser besado por el viento formaban los murmullos de la selva, que Sigfrido escuchaba embelesado. Mas allá, le atraía el cantar de una fuente ; después el de un torrente impetuoso.

De pronto, un ronquido espantoso, como formado por mil truenos, hizo que, después de dar un bote violento, se detuviera el caballo que llevaba a Sigfrido. Y al pasar por un claro del bosque que dejaba ver el torrente, el héroe vió cómo se inclinaba a beber en sus aguas Fafner : ¡ EL DRAGÓN !

Al divisar al caballo y al hombre, el dragón había lanzado aquel rugido que hacía cesar los cantos de los pájaros y detenía el correr de las aguas, y abatía las flores al suelo. La Selva se llenó de humo del que el monstruo lanzaba por narices y boca. Un torrente de llamas impidió, por un momento, que Sigfrido viese bien a su enemigo.

Pero el corazón del héroe no aceleró sus la-



...y esperó a pié firme a su espantoso adversario

tidos ni por un momento. De un salto, bajó del caballo, desenvainó la invencible Balmunga y esperó a pie firme a su espantoso adversario. Avanzó el monstruo lentamente, arrastrándose, vomitando torrentes de fuego y blandiendo, a modo de maza, la enorme cola cubierta de escamas.

De un salto esquivó Sigfrido el primer coletazo. Otro salto le salvó del siguiente. Abrió el monstruo la boca para lanzar por ella un torrente de llamas que abrasara al héroe, pero Sigfrido lo esquivó también. Y la lucha deviene imponente. El saurio se revuelve a un lado y a otro, lucha, acomete, ruge, sigue vomitando humo y fuego por la boca espantable. Sigfrido, a un tiempo acometedor y prudente, ya esquiva, ya ataca, ya hiere, temerario, ya se guarda a la defensiva. Y en un nuevo salto, agilísimo, logra hundir la Balmunga en el ojo izquierdo del monstruo.

Lanzó Fafner un rugido de dolor tan formidable que los árboles milenarios se estremecieron hasta en sus raíces; mas, mientras el horrendo ojo del dragón se vaciaba en un repugnante líquido viscoso, Sigfrido aprovechó la ventaja que el estar ciego de

aquel ojo su enemigo, le daba, para atacarle siempre por el lado izquierdo. La Balmunga iba y venía en un blandirse incesante, brillando como el rayo al caer en imponente zig-zag. La acerada escama de que el cuerpo del monstruo estaba cubierto, oponía a la espada una resistencia formidable, pero el héroe, con rara habilidad, tendía a hundirla en los puntos de juntura de dichas escamas. Al fin siempre atacando por el lado izquierdo, y de un mandoble potentísimo, Sigfrido consiguió abrir brecha con la Balmunga en el vientre del monstruo.

Un último alarido de Fafner conmovió el cielo y la tierra. De la herida salió un chorro de sangre que fué a aumentar la corriente de la catarata. Un último coletazo de agonía derribó tres corpulentos árboles. La horrenda cabeza se dobló. Sigfrido había matado al Dragón.

Lanzó Sigfrido un sonoro grito de triunfo. En el tilo vecino un pajarillo le contestó con sus dulces trinos. El héroe, olvidado de toda lucha, se detuvo a escuchar la canción.

Mas he aquí que, de pronto, se da cuenta de que su mano derecha está enrojecida

por la sangre del dragón. E instintivamente, se lleva la mano a los labios, y chupa la sangre, aun caliente.

En aquel mismo instante, el lenguaje de los habitantes del bosque dejó de ser un misterio para él. He aquí lo que oyó que decía en su canción el pajarillo de la enramada :

Descuidado escuchas esta mi canción:
¡Oh héroe, que has dado la muerte al Dragón!
Mientras tu tesoro, Mime codicioso
Llega a arrebatarte, raudo y cauteloso.

Y desde la copa de una encina otro pajarillo le respondía :

Si en la sangre del Dragón
El buen héroe se bañara,
Nada podrían contra él
Espadas, flechas ni lanzas;
¡Que a todo es invulnerable
Quien en tal sangre se baña!

Si las palabras de la canción del primer pajarillo no habían logrado que Sigfrido se moviera del lugar donde, a descansar de la

lucha, se había sentado, las que acababa de escuchar le hicieron dar un salto sólo comparable a los que diera momentos antes en la terrible lucha con el saurio. De un salto se despojó de la piel de carnero que le servía de vestido, lo arrojó al suelo, junto con la Balmunga, y corrió hacia el cadáver de Fafner.

La sangre del monstruo, manando abundantemente de la ancha herida abierta por la Balmunga, formaba una gran balsa que iba luego a caer por el despeñadero mezclándose con las aguas del torrente. Sigfrido, lanzando de nuevo su victorioso grito, fué a ponerse bajo el rojo chorro. La sangre, borboteante aún, aun caliente, le cubría, resbalando sobre su fina piel de adolescente. Sigfrido cantaba y reía, reía... Jamás baño alguno le había sido tan grato.

Los murmullos de la selva se dejaban escuchar de nuevo. En la enramada los pajarillos afinaban sus trinos felicitando al héroe. Y el héroe comprendía su lenguaje.

Y he aquí que, en esto, el pajarillo que estaba en las ramas altas del tilo, saltó a las ramas bajas, para estar más cerca del

héroe, que era ya su amigo. A su salto, de la rama del tilo se desprendió una hojita que fué a detenerse en la espalda de Sigfrido, hacia su hombro izquierdo. Y tan pegada quedó a su piel que en aquel punto no le tocó la sangre del monstruo.

Cuando, momentos después, Sigfrido se bañaba en la fresca y cristalina fuente para limpiarse del anterior baño de repugnante sangre negruzca, advirtió la hoja de tilo que aún llevaba adherida a la espalda, y comprendió que aquel punto de su cuerpo no gozaría de la invulnerabilidad que el pajarillo le había predicho. Por un instante pensó en volver al lugar donde la sangre del dragón seguía aún manando, mas...

Pensó que así su valor tendría más mérito, y que no era desagradable del todo semejarse, por lo menos en un punto de cuerpo, a los demás mortales.

Ciñó a su talle con el tosco cinto la piel de carnero. Pendió la Balmunga de su costado, y, pasando por encima del cuerpo del monstruo, se intrincó en el estrecho sendero que conducía a la obscura caverna.

IV

EL TESORO

El sendero era cada vez más angosto; el ramaje se entrelazaba de modo que era casi imposible salvarlo. Sólo, de tanto en tanto, se advertía la huella de las zarpas del terrible dragón que durante largos años había montado allí guardia. Sigfrido iba a pie, pues no podía, por aquel laberíntico lugar, pasar el caballo. De pronto oyó a su espalda un paso a la vez cauteloso y rápido y una ronca voz, bien conocida, le gritó:

—¡Detente! ¡El tesoro es mío!

Sigfrido se volvió y vió a Mime, el herrero.

—¿Por qué es tuyo el tesoro?—preguntó con calma—¿quién te lo ha dado?

—Es mío, es mío — repitió el herrero—. Fafner, el Dragón, mi hermano, me lo robó hace muchos años.

Sigfrido esta vez no se dignó contestarle y siguió andando, camino de la caverna. Estaba ya cercano a la misma brecha que servía de entrada, cuando, oyendo acelerarse el paso del herrero tras él, se volvió de pronto. Mime levantaba su pesada maza, disponiéndose a dejarla caer sobre el cráneo del héroe. Sigfrido, de un salto, se puso fuera de su alcance y blandiendo la Balmunga, de un solo golpe, atravesó de parte a parte al herrero.

Después fué a entrar en la cueva. Mas he aquí que un añoso roble que momentos antes no estaba allí, le enlazó sus raíces a los pies haciéndole caer. Intentó Sigfrido levantarse, mas el poder de un enemigo invisible le sujetaba al suelo con fuerza sobrehumana y las raíces del roble se enroscaban en torno a su garganta cual si fueran dos potentísimas garras.

Trató, por todos los medios, de librarse

de ellas, y al intentar sujetar con sus manos aquellas raíces vivientes notó entre sus dedos el contacto de algo metálico. Aferró sus uñas a aquel punto, tiró de él con toda su fuerza, y...

Como por arte de encantamiento—encantamiento era todo ello—se encontró con un anillo de oro purísimo entre los dedos, y delante de sí, vió a un enanillo de aspecto repugnante que ostentaba en la menguada cabeza una corona de luciente oro.

Era Alberico, el rey de los Nibelungos, quien, celoso de su antiguo tesoro, no había dejado nunca de espiar lo que ocurría por aquellos lugares, y al oír el tremendo rugido de agonía que anunciaba la muerte de Fafner, había corrido hacia la cueva, convirtiéndose a su entrada y por el poder del mágico anillo, en añoso roble que impedía el paso a Sigfrido. Pero ahora el héroe tenía el anillo en sus manos y no era ya dado al Nibelungo tomar otra figura que la suya por demás desgraciada.

A la extraña aparición Sigfrido desenvainó la Balmunga de nuevo. El Nibelungo, indefenso, se arrodilló ante él.

—¡Déjame la vida!—clamó—. Envaina tu espada invencible y te conduciré a donde está el tesoro. Tú no estás, como yo, habituado a las tinieblas, y no llegarías a donde se encuentra. Ven, coge la punta de mi manto, y sígueme.

Sigfrido envainó la Balmunga, y, cogiendo la punta del manto del mísero enano, penetró tras él en la caverna. A medida que se adentraban en ella, las tinieblas se hacían más impenetrables. A Sigfrido le dolían los ojos de tanto pretender ver algo en aquella, ya absoluta, obscuridad. El Nibelungo, en cambio, penetraba certeramente, como si la luz del mismo sol le alumbrara. Al fin allá al fondo de un pasadizo interminable, vieron relucir algo débilmente, como si fuera una luz lejana. A medida que se acercaban, el resplandor se hacía más vivo, tan vivo, que a Sigfrido llegó a deslumbrarle.

Y he aquí que, cuando estuvieron ante lo que el héroe había creído una débil lucecilla primero y después una lámpara inmensa, vió Sigfrido el espectáculo más maravilloso que soñar pudiera. Era, al fondo de la gruta, un fulgor como si el sol hubiese des-

cendido de la altura a las entrañas de la tierra. Allí el oro amontonado, mezclado con los más claros diamantes, con los más transparentes rubíes, con las más centelleantes esmeraldas, lanzaba un resplandor que deslumbraba, que cegaba. Por un momento Sigfrido, a quien nada importaban las riquezas de la tierra, permaneció atónito, sin acertar a avanzar ni a moverse. Y de pronto, sintió que dos garras se le anudaban de nuevo a la garganta. Era el pérfido Nibelungo que, a traición, trataba de deshacerse del héroe para ser en adelante único poseedor del tesoro.

No fué fácil tarea, aun para el mismo Sigfrido desprenderse de aquellas zarpas que le apretaban cada vez más el cuello. Tras unos momentos de lucha, de un supremo arranque pudo al fin liberarse de la férrea prisión y, sacando la Balmunga de nuevo, atravesó con ella el cuerpo de Alberico, milenario rey de los Nibelungos.

Y he aquí que a los ojos del héroe se realizó otro nuevo prodigio. Las horribles facciones del enano muerto se endurecieron, endureciéronse los cabellos de su lengua y alba

barba, y, lenta, lentamente, todo su cuerpo fué convirtiéndose en piedra y confundándose con la roca dura de la caverna, con el fondo de la tierra de cuyas entrañas había su raza salido.

Cuando Sigfrido, dueño ya del tesoro, salió a la luz del día, el pájaro cantaba así sobre el tilo :

El dueño del anillo mágico, será poderoso:
Tendrá sobre todos los hombres inmenso poder
Gozará del don de hacerse invisible,
Cambiará de forma según su placer.

Y el otro pajarillo le contestaba desde la encina :

Ya aguarda la virgen guerrera, la hermosa Walkiria
El beso del héroe que ha de despertarla;
En lecho de fuego duerme largo sueño,
Allá, en la verde isla color de esmeralda.

Andando, andando, Sigfrido logró salir de la Selva Encantada. En su límite mismo encontró a unos pastores que pescaban, a la orilla de un río. Habían interrumpido su faena y rodeaban todos a un anciano, muy an-

ciano, que, en el momento de llegar Sigfrido les hablaba con estas palabras :

—Allí, en el lejano reino de Burgundia florece la corte de Worms, muy rica y cristiana. En sus altares se honra al Dios único y en su honor se elevan al Cielo nubes de aromado incienso. Cantan sus sacerdotes plegarias dulcísimas y sus campanas voltean incesantemente sus lenguas metálicas. Allí reina Gunther, monarca muy piadoso y de gran poder. Sus guerreros son los más valientes de toda la tierra ; uno de ellos, Hagen Tronje, goza justísima fama de invencible. Los campos de Burgundia son los más verdes, los más fértiles del mundo... Las arcas de palacio las mejor provistas. Mas nada son todos estos tesoros, todos estos bienes al lado del mejor de todos ¡Krimhilde !

A este nombre los pastores todos se descubrieron. Y Sigfrido, embelesado, se acercó más para oír mejor. Siguió hablando el viejo :

—Krimhilde es por demás bella y delicada. Su cabello es dorado y brillante como el oro más puro, abundante como las aguas de esta catarata. Su voz es más argentina y

dulce que la de las campanas de Worms; sus pupilas transparentes como el más claro cristal y del color de la bella flor del «No-me-olvides». Su tez tiene la frescura del pétalo de las rosas y también su delicadísimo tono rosado. Es además tímida y suave como una gacela; es tan honesta que jamás ha cruzado palabra alguna con otro hombre que sus hermanos o Hagen, su tío. En la corte de Worms, Krimhilde es el ángel bueno de todos; y ella, sin ambicionar otra cosa que la paz de su regio hogar, pasa la vida entre su laúd, sus pájaros y su interminable bordado de tapicería... Es también...

Sigfrido lanzó su grito triunfante, que interrumpió el relato del viejo.

—¡Decidme, pronto! ¿Cuál es el camino de Worms?

El viejo le miró, asombrado.

—¿A dónde vas?—le preguntaron todos.

—¡A conquistar a la princesa Krimhilde!

Y diciendo esto, montó en su caballo blanco, que había recogido al salir de la gruta a la luz, y lo lanzó al galope.

Se rieron de él los pastores, al escuchar su pretensión loca, y verle pobremente ves-

tido con una piel de carnero y un cinturón tosco. Se rieron de él al verle tan osado y tan niño... Se rieron de él...

No se hubieran reído de saberle hijo de Siegmundo, descendiente de Wotan, de haberle reconocido como Sigfrido, el héroe más grande de las gestas germánicas, vencedor del Dragón, dueño de la Balmunga y señor del tesoro de los Nibelungos.

V

KRIMHILDE

No tardó Sigfrido un día, ni dos, ni tres en llegar a Burgundia. Tardó más de un año. Porque durante aquel tiempo hubo de reconquistar el reino de Siegmundo, su padre, y vencer a muchos enemigos, y hacerse en todo el mundo famoso. No iba ya vestido con la tosca piel de carnero que tanto hiciera reír a los viejos pastores, sino con dalmática ricamente recamada y armadura de inmenso valor. A su costado, la Balmunga pendía de un cinto formado todo él por clarísimas piedras preciosas. Era el héroe más rico, más noble y famoso de toda la tierra...

Y he aquí que hasta el lejano país de Burgundia, hasta la piadosa corte de Worms, había llegado su fama. Cuando en las largas veladas de invierno el rey Gunther, sobre quien pesaban los graves cuidados de todo el estado, permanecía sombrío y taciturno, sentado en su trono, y los infantes jóvenes, sus hermanos, Gercnot y Giseller, se entretenían jugando a los dados o cuidando de sus lebreles; y la reina madre, la piadosa Ute, que tenía la clave de los sueños, oraba, y Krimhilde bordaba su eterna labor de tapicería, los trovadores que eran llamados a palacio para distraer a los soberanos con sus inspiradas canciones, no se cansaban de entonar las proezas de Sigfrido, el héroe vencedor del Dragón. Escuchándolas, a Krimhilde le pasaban las horas como si fueran segundos. Y cuando por las mañanas se dirigía a la iglesia, siempre miraba hacia el Rhin por donde había soñado que llegaría el héroe.

Una mañana la dulce Krimhilde despertó agitada y pálida. La reina Ute le preguntó la causa de su mal.

—He tenido un sueño tan extraño como

horrible, madre — repuso la doncella—. He soñado que poseía un bellissimo halcón blanco al que amaba más que a nada en el mundo. Lo tenía siempre a mi lado, lo acariciaba tiernamente, y, por todos los tesoros de la tierra, no lo hubiese dado. Y he aquí que, en mi sueño, lo he visto separarse unos pasos de mí, y he visto como caían sobre él dos horribles cuervos negros, que ante mis ojos lo despedazaban. ¡Me ha dado tanta, tanta pena, madre! Vos que conocéis la clave de los sueños, decidme: ¿qué significa el que me ha atormentado esta noche?

Calló la dulce Krimhilde y la reina Ute no se atrevió a hablar. Tornóse pálida y permaneció pensativa largo rato. Al fin dijo:

—No todos los sueños tienen explicación, hija. Si el tuyo te atormenta tanto, haz por olvidarlo. Tranquilízate y vuelva a renacer la alegría en ti.

Al ir a la iglesia aquel día la dulce Krimhilde no se atrevió a mirar hacia el Rhin.

Y en aquel día fué en el que llegó Sigfrido a la corte de Worms. No llegó acompañado de numeroso ejército, como solía ir cuando se dirigía a sus conquistas bélicas, sino

sólo con una escolta de doce reyes, a los que había hecho en buena lid sus vasallos, y un largo cortejo de Nibelungos, formado por los enanillos nacidos de las entrañas de la tierra, que, merced a la virtud del anillo de Alberico, le estaban sometidos también. Iban los enanillos a pie y los doce reyes cubiertos con las más bellas y ricas armaduras, y caballeros en los más espléndidos caballos. Y cabalga que cabalgarás, el lucido cortejo llegó a las puertas de Worms. Al contemplar las torres de la ciudad que relucían al sol como si fueran de oro, Sigfrido lanzó una vez más su grito de triunfo.

Mas sucedió que los centinelas que se hallaban en lo alto de las torres, al ver aquel cortejo se apresuraron a dar el toque de alarma, mientras un heraldo avisaba al rey Gunther de que un imponente guerrero, seguido de un buen número de hombres armados estaba ante las puertas de la ciudad, demandando imperioso la entrada.

El rey Gunther, que era de carácter débil y apocado, no pudo por menos de sobresaltarse ante tal noticia. Llamó a su tío Hagen de Tronje, el fuerte guerrero del ojo único

(el otro lo había perdido en un torneo), la hercúlea estatura, y la voluntad férrea. Hagen miró por la ventana y como era tan astuto como feroz, dijo :

—Apresuraos a abrir las puertas y a recibir con todo honor a ese héroe que llega.

Pero los hermanos del rey, los dos adolescentes que jugaban con sus lebreles se opusieron por un instante a ello.

—No deis orden de abrir!—gritaron al heraldo. Y volviéndose a Hagen, añadieron— : ¿No es una cobardía que las recias puertas del noble palacio de Worms se abran así a cualquiera, al primero que llegue a ellas en traza guerrera?

Hagen clavó en los adolescentes la fría mirada de su único ojo, penetrante como un acero.

—¿Y quién os ha dicho—preguntó con voz tonante—que en el corazón de Hagen de Tronje quepa cobardía? ¿Y quién os ha dicho que ese que a las puertas del castillo de Worms está llamando, sea *cualquiera, el primero que llega?*

—¿Quién es, pues?—dijo el rey Gunther

casi temblando—. ¿Le conoces acaso, Hagen Tronje?

—Le conozco.—repuso el guerrero en tono sombrío—. ¡Es Sigfrido!

Los adolescentes, el rey, y hasta la reina Ute corrieron al ventanal para contemplar mejor al héroe que, rodeado de sus hombres, aguardaba que le abrieran las puertas.

—¿Sigfrido, hijo de Siegmundo?—preguntaron a una los jóvenes—. ¿El vencedor del Dragón?

—El mismo—les contestó Hagen.

—¿El poseedor del anillo de Alberico y del tesoro de los Nibelungos?

—¡El mismo!

—¿El héroe destinado por los dioses a despertar a la Walkiria del sueño que duerme en su lecho de fuego?

—¡¡El mismo!!—repitió por tercera vez Hagen Tronje. Y al mismo tiempo miraba con su fría mirada al rey Gunther, quien, más taciturno que nunca, hundía en el pecho la triste cabeza.

Al saber quién era el que a las puertas del castillo llamaba, los jovencillos no se opusieron ya a que se le abrieran. Abiertas, de

par en par, estaban, cuando entró por ellas, con toda solemnidad, el heróico Sigfrido, seguido de los doce monarcas guerreros y del largo cortejo de enanillos. La Corte se puso de pie para recibirle.

El joven héroe se adelantó hacia el rey de Burgundia y le tendió la mano.

—Bienvenido seas a mi Corte, hijo del rey Siegmundo—dijo el rey Gunther—. Tú me dirás si traes misión de paz o de guerra.

—Traigo misión de paz—respondió el héroe—; vengo a pedirte la mano de tu hermana, la princesa Krimhilde.

Hagen Tronje, envidioso del esplendor y de la fama de Sigfrido, no pudo reprimir un gesto de impaciencia primero y de fingido desdén después.

—¿Desde cuándo—preguntó—casan los reyes a sus hermanas con míseros vasallos?

No bien hubo escuchado aquellas palabras, Sigfrido desenvainó la Balmunga y los doce reyes que le seguían echaron también mano a sus espadas.

—¡Soy rey de reyes!—gritó Sigfrido—y ha de pesarte, monarca de Burgundia, dejar que así me insulten en tu casa y corte.

El rey, que era de natural apocado, temblaba; los adolescentes, curiosos, abrían desmesuradamente los ojos; Hagen Tronje permanecía inmóvil, fríamente cruel. Los hombres de armas del monarca, al ver que los recién llegados se aprestaban a la pelea, se dispusieron a ella también.

Mas he aquí que, en esto, Sigfrido deja caer el brazo con que sostenía la Balmunga, fija su mirada en la escalinata que tenía su fin en el salón del trono, y permanece así, inmóvil, estático, arrobado. Por la escalinata descendía Krimhilde, la hermana del rey. Sobre su blanco traje, sus dos trenzas que llegaban casi al borde de su falda, relucían como el oro más puro. Llevaba una copa entre sus manos, y con ella en alto avanzaba hacia el héroe.

—Bienvenido seas a la Corte de Worms, vencedor del Dragón—dijo la doncella con su más dulce acento.

Y le tendió la copa, que era de oro finamente cincelado. El héroe la elevó lentamente hasta sus labios.

Las espadas habían vuelto a sus vainas, y todos sonreían admirando el bello cuadro

formado por la doncella y el joven héroe. Sólo Hagen Tronje mostrábase más que nunca sombrío.

De pronto, inclinándose hacia el rey Gunther, le dijo :

—Si sabes aprovechar el amor del hijo de Siegmundo por tu hermana, él podría conquistar para tí a la Walkiria, que duerme en la isla esmeraldina.

El monarca se estremeció.

—No me recuerdes mi sueño, mi quimera, Hagen Tronje. ¿No sabes que es un imposible?—dijo con voz alterada.

Y el guerrero repuso con firmeza :

—¿No sabes tú que Sigfrido es el poseedor de la Balmunga, el invulnerable vencedor del Dragón?

Krimhilde había salido ya del salón. El héroe se volvió hacia el rey Gunther y de nuevo le tendió la mano.

—Por segunda vez te pido la mano de tu hermana—dijo, sencillamente.

Contestó el rey Gunther :

—Mucho nos honraremos dándotela, héroe ; mas yo, como tú, sufro de amores, y es el mío un terrible y funesto mal. Amo a la

Walkiria, la reina de Islandia, que duerme largo sueño en su isla esmeraldina y a quien sólo puede despertar un semidiós. Tendrás la mano de mi hermana si me ayudas a conquistar a la Walkiria Brunhilde; tú sólo puedes hacerlo, hijo de Siegmundo.

Sigfrido permaneció un instante pensativo. Miró a Krimhilde. Después, lanzando su grito de triunfo, clamó:

—¡Vamos a Islandia, vamos a la isla esmeraldina! ¿Cuándo partimos?

VI

BRUNHILDE

En una bella nave, ligera como el viento, partieron Gunther, Sigfrido, Hagen, Volker —el trovador—y muchos guerreros esforzados que les servían de escolta. Remontaron el Rhin, salieron al mar del Norte, encontraron las aves mensajeras de las tierras polares, y, al fin, de las esmeraldinas aguas, vieron surgir la isla, como una flor abierta. Con mano segura Sigfrido conducía la nave.

Llegaron a la playa de Islandia; desembarcaron todos en ella. Pero sólo Sigfrido se atrevió a avanzar isla adentro. A pocos pasos

de la orilla se levantaba una triple muralla de llamas.

Y he aquí que Sigfrido las saltaba del modo más sencillo y a medida que el héroe pasaba por encima de ellas, las llamas se iban apagando, apagando... Al fin llegó a un lugar donde, al pie de un castillo, bajo un árbol de plata que el fuego no derretía, alzabase una llama más roja y más potente que las otras. También como las otras, a medida que Sigfrido se acercaba la llama se iba apagando, apagando, apagando.

Cuando estuvo apagada del todo, el héroe pudo ver lo que la viva llama ocultaba: una bellísima mujer dormida, armada de luciente coraza, de argénteo yelmo, de espada de temple agudísimo. ¡Era Brunhilde, la Walkiria, dormida allí por castigo de Wotan!

Al verla, Sigfrido permaneció un momento mudo e inmóvil. Sin saber por qué la vista de aquella mujer le recordaba a su madre, a quien conociera apenas. Después, como impulsado por un poder misterioso, se inclinó a ella y le dió un beso en la frente.

Fué como el golpe de una varita mágica. La doncella dormida se estremeció, sus la-

bios temblaron, sus ojos se abrieron, y miraron, asombrados, en torno. De pronto se fijaron en Sigfrido y una dulcísima sonrisa iluminó su rostro.

—¡Bienvenido seas, poseedor de la Balmunga, vencedor del Dragón!—dijo—. ¿Eres tú?

—¡Yo soy!—dijo Sigfrido. Después pareció dudar un momento, miró en torno, a su vez, y viendo al rey Gunther y a su comitiva, que se aproximaban, añadió: —Pero no es a mí a quien debes otorgar el honor de tu bienvenida, que yo no soy aquí sino el fiel vasallo del muy noble Gunther, rey de Burgundia.

Brunhilde fijó una mirada salvaje y sombría en los hombres que seguían al héroe. Y vió que el rey Gunther se destacaba de entre ellos, y se adelantaba con las manos extendidas.

—¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?—preguntó Brunhilde con voz breve y ronca.

—Soy Gunther, rey de Burgundia—repuso él envolviéndola en una amorosa mirada—. Quiero tu amor, y a tí vengo a buscar, valerosa reina de Islandia.

Brunhilde, la orgullosa Walkiria, lanzó una carcajada estridente, que hasta el otro lado del mar pudo escucharse. A su eco, de acá y de allá, del fondo de los bosques y de las orillas del mar, empezaron a aparecer otras doncellas guerreras—las Walkirias, sus súbditas—, montadas en caballos blancos y armadas de escudo, casco, lanza y espada. Se colocaron en torno a su reina, como dándole guardia.

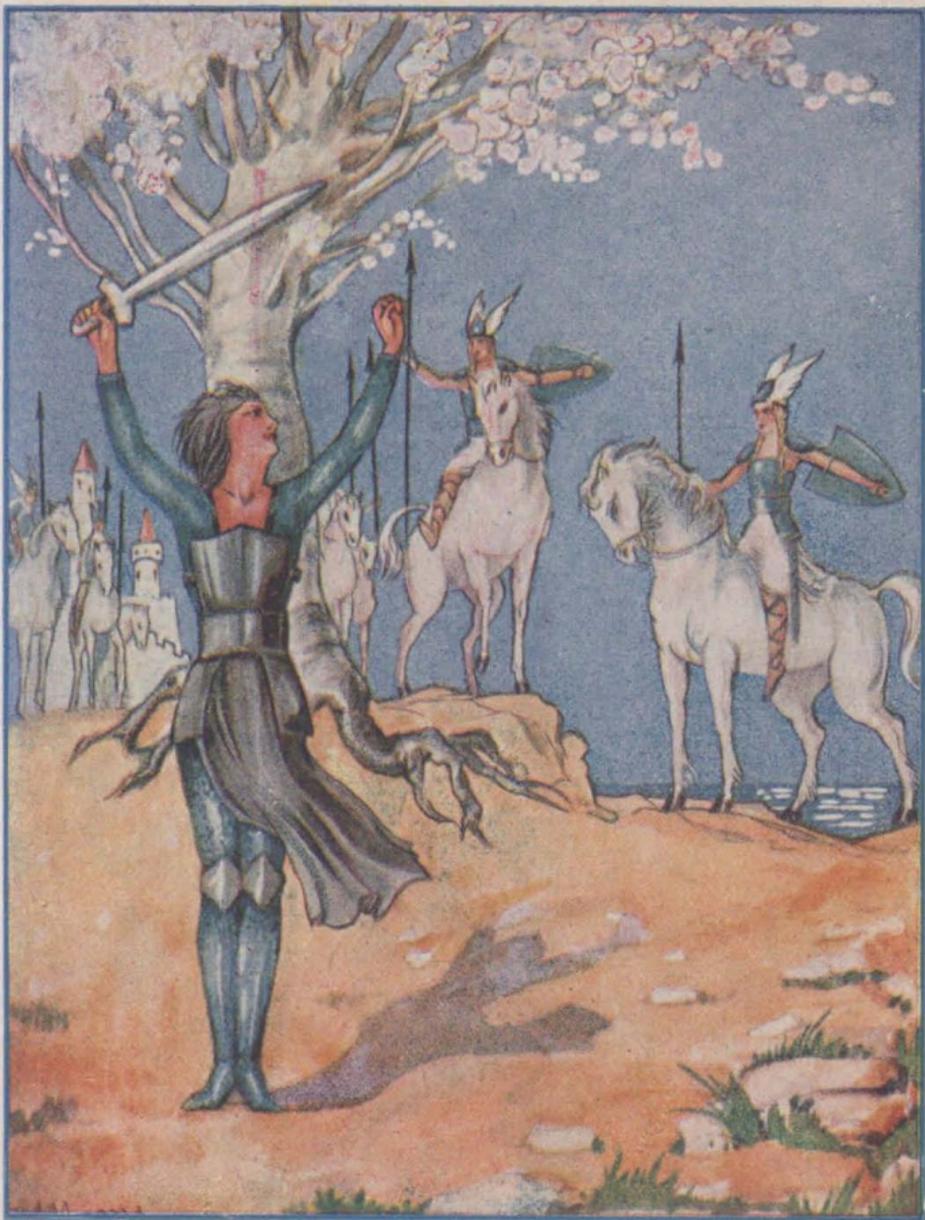
Cuando Brunhilde acabó de reír, dijo a Gunther :

—¿Sabes, rey de Burgundia, lo que significan esas tus palabras? Sabes que más de mil caballeros intentaron en otros días eso que pretendes ahora, y que todos quedaron muertos en la empresa?

El rey Gunther no pudo por menos de ponerse pálido, mas recordó de pronto la promesa de Sigfrido y se irguió, animoso, para contestar :

—Lo sé, y estoy pronto a aceptar cualquier prueba antes que renunciar a poseerte, hermosa Brunhilde.

—Para aspirar a tanto—contestó la doncella midiendo al rey, de pies a cabeza, con su



— Las Walkirias, sus súbditas...



altiva mirada—, es preciso pasar por las pruebas del salto, del escudo y la piedra.

—Estoy dispuesto—contestó el rey.

Una hora después, Gunther de Burgundia penetraba en el patio del castillo de la reina de Islandia, seguido de Hagen, de Volker y de doce de sus más esforzados guerreros. En torno al patio, que era de proporciones vastísimas, estaban alineadas las doncellas guerreras, y en su centro revestida con su atavío marcial estaba su reina, la altiva Brunhilde. Sigfrido no estaba... al parecer.

En la parte exterior del patio, el héroe daba vuelta en su índice, al mágico anillo del Nibelungo Alberico y se hacía invisible. Y la puerta del patio se abría sola... Sigfrido había entrado en el recinto ya.

Iban a comenzar las pruebas. Resonó un clarín.

La reina de las Walkirias, acompañada de las más jóvenes de sus doncellas, subió a un promontorio, bastante alejado del patio, pero desde el cual se dominaba éste por entero. No llevaba Brunhilde coraza ni lanza; sólo su traje de escamas de oro, que lucía como una llamada, al sol. Las dos alas de su casco, vis-

tas desde lejos, la hacían parecerse a un águila caudal. Llegó al promontorio, lenta, magistuosamente, y, de pronto, se agachó, tomó impulso, y antes de que los que la miraban pudieran darse cuenta, dió, más que salto, un vuelo, remontó en él el inmenso patio, y fué a caer fuera del recinto, mucho más allá.

Las Walkirias lanzaron a una su salvaje grito de triunfo :

—¡ Oio-to-o !

Las gentes del rey de Burgundia se miraron en cambio, palidieron y temblaron por el prestigio y por la vida de su monarca y señor. Jamás habían presenciado un salto como aquel y conocían bien a Gunther ; jamás tampoco le vieron dar prueba ninguna de destreza o valor. Sólo Hagen permanecía del todo tranquilo.

Se puso una señal en el lugar donde la Walkiria había ido a caer. Ella lanzó otra carcajada estridente y miró a Gunther, con aire retador. El monarca, lenta, muy lentamente, subía hacia el promontorio. Detrás de él, Sigfrido—invisible para todos, merced al anillo—pronunciaba palabras alentadoras.

Y he aquí que llegan arriba y el rey se

despoja de sus armas y se prepara a tomar impulso para dar el salto. Sigfrido pasa sus brazos por debajo de los del monarca, cruza las manos delante de su pecho, y salta con él. Vuelan sobre el inmenso patio, salen fuera del recinto, pasan de la señal que marca el salto de Brunhilde... caen mucho, mucho más allá. Y nadie ha visto más que al rey Gunther saltar.

Ahora Brunhilde no ríe. Las doncellas guerreras fruncen el ceño. Lanzan un grito de júbilo los que en la nave ligera como el viento llegaron de Worms. Sólo Hagen Tronje entorna su ojo único y sonrío, sonrío con desdén.

Va a empezar la segunda prueba.

Vuelve la Walkiria a subir al promontorio. Doce de sus doncellas sujetan una piedra inmensa y la conducen hasta su señora. Y ella la coge con sus blancas manos como si fuera una pluma, toma apenas impulso, y, en un vuelo, el enorme pedrusco cruza por encima del recinto y va a caer mucho, mucho más allá.

(Las Walkirias rompen el aire con su grito

salvaje; el rey Gunther y los suyos tiemblan. Hagen Tronje sonríe, sonríe.)

Otra piedra del mismo tamaño es puesta en manos del monarca de Burgundia por doce de sus más robustos guerreros, que la transportan con visible esfuerzo. Por un momento, al ir a tomarla en sus manos las fuerzas del rey Gunther flaquean. Pero pronto una voz amiga murmura algo a su oído, y unas invisibles manos se unen a las suyas para alzar la piedra como si fuera un copo de nieve. Sin casi tomar impulso ¡allá va!, cruzó la piedra el recinto y fué a caer mucho, mucho más allá de donde la piedra lanzada por Brunhilde había caído.

La reina de Islandia y sus doncellas guerreras lanzaron un alarido de dolor. Los de Burgundia un grito de júbilo. Hagen Tronje sonreía, enigmático.

Y llegó la prueba decisiva, la última, la más difícil y más dura: la prueba del escudo y la lanza. Como en las anteriores, la Walkiria debía ser la primera en atacar. Mientras el rey Gunther se parapetaba detrás de su muy fuerte escudo, Brunhilde se armaba de su lanza potente y gritaba con voz sonora:



— ¡En guardia, rey Gunther!

—¡ En guardia, rey Gunther !

Era tan imponente el aspecto de la bellísima reina de Islandia, tan marcial su apostura, que los de Burgundia se estremecieron por su rey, mientras las doncellas guerreras lanzaban su grito retador.

También el rey Gunther tembló tras el cincelado escudo. Mas pronto sintió en su hombro el contacto de una mano invisible, y a su oído una conocida voz que le decía :

—¡ Animo, hermano ; Sigfrido está aquí !

En aquel mismo instante, sostenido a un tiempo por los débiles brazos del rey y por los hercúleos de Sigfrido, el escudo recibió la acometida de la invencible lanza de Brunhilde. Tan fuerte fué el choque que el borde del escudo del rey hirió al invisible Sigfrido en los labios. Sin que el rey Gunther mostrara herida ninguna, una gota de sangre cayó sobre la rodela. Pero el escudo del rey Gunther se sostuvo firme mientras la lanza de Brunhilde caía hecha pedazos. Un sordo clamor se levantó de la femenina hueste guerrera. La reina de Islandia, lanzando una mirada de odio al rey Gunther, gritó con voz que hacía más potente la ira :

—¡ A mí el escudo !

Tres hombres le llevaron lo que pedía, no sin gran esfuerzo. La reina de Islandia se afirmó bien al suelo, tomó el escudo y se preparó a recibir el choque de la lanza de Gunther. Al impulso dado por Sigfrido, éste volaba ya en dirección al protegido pecho de la Walkiria. No debía herirla, pero sí echar a tierra el escudo, y fué tan fuerte el golpe, que Brunhilde cayó de rodillas. Estaba desarmada. Vencida.

El clamor de las Walkirias debió llegar al mismo Walhalla. Mas su reina no lanzó un grito de dolor, ni quiso que sus doncellas guerreras la ayudaran a levantarse. Lo hizo ella sola, temblorosa y encendida en ira. Con el ceño fruncido, la mirada hosca, buscó algo, que durante las pruebas no había visto en el recinto.

Y vió a Sigfrido que, reapareciendo en el patio, ligero, fresco, sonriente, como si llegara de dormir un buen sueño, ponía sus manos para que sirvieran de estribo al rey Gunther.

Cuando el de Burgundia hubo montado a caballo, Brunhilde gritó :

—Me has vencido, rey Gunther! Y pues tienes por vasallo a quien en toda la tierra creen rey de reyes, el lugar de tu esposa no es despreciable lugar. ¡Tuya soy!

Y después de estas palabras, lanzando sobre Sigfrido una tan despreciativa mirada como si, en efecto fuese el último vasallo del rey, montó en su corcel blanco y se alejó seguida de sus doncellas guerreras, que aún levantaban al cielo un sordo clamor.

VII

LAS BODAS

Sería cosa de nunca acabar el intento de narrar las fiestas que, con motivo de la llegada de Brunhilde, se hicieron en Worms. Desde lejos, desde muy lejos, los vigías que en lo alto de los montes estaban, divisaron la nave real que se deslizaba por el Rhin abajo, trayendo al rey Gunther, y a Hagen, y a Sigfrido, y a sus bravos guerreros, y a la indomable Walkiria que, sentada a popa, envuelta en su manto purpúreo, contemplaba con mirada sombría las aguas del río. Los vigías encendieron grandes hogueras para advertir la llegada de la nave real. Pronto

todos los montes vecinos a Worms estuvieron coronados de llamas. Las campanas de la catedral fueron lanzadas a vuelo, y acto continuo voltearon también su alegría otras mil campanas. Las gentes de la ciudad, avisadas así de la llegada de sus soberanos, acudieron a las murallas para vitorearlos cuando desembarcasen.

Y al fin, la bella nave real que se deslizaba por el Rhin suavemente, llegó bajo las murallas. Y descendió de ella Sigfrido, el héroe amado de todos. Y ensordeció en muchas leguas a la redonda el clamor de los vítores. Pero cuando el frenesí entusiasta de los buenos burgundios no reconoció límites, fué al descender de la nave la bella e imponente Brunhilde, cuyos dedos se apoyaban apenas en la mano del rey Gunther. La dulce Krimhilde, que esperaba la llegada de la nave, resguardada bajo un pabellón de seda roja todo adornado de guirnaldas de flores, salió a recibir a Brunhilde y tendiéndola los brazos al cuello, le dijo :

—¡ Bienvenida seas a nuestro reino, hermana !

Entonces el clamor entusiasta del pueblo

fué tanto, que hasta las torres de la antigua ciudad se conmovieron.

Mas Brunhilde, que durante todo el viaje había permanecido abatida y sombría, no se dignó ni aún sonreír ante la cordial acogida.

Al día siguiente, en la suntuosa catedral de Worms, se celebraron con la mayor solemnidad los dobles esponsales de Gunther y Brunhilde, de Krimhilde y Sigfrido. Mostrábase el hijo de Siegmundo tan gozoso, la dulce hermana del rey Gunther tan radiante de belleza y de dicha, que bien claro veían todos que la felicidad había anidado en sus corazones. El rey de Burgundia parecía, en cambio, más taciturno que nunca. Y la altiva Brunhilde no se dignó sonreír en todo aquel día ni una vez siquiera. Pero a las buenas gentes de Burgundia, a las de dentro del palacio de Worms como a las de fuera, esto no les extrañaba.

—Es triste—decían—no tener en ocasión tan solemne ni padre, ni madre, ni hermanos. Es natural que sienta añoranza de su país la altiva extranjera.

Y siguieron las fiestas.

Al llegar la noche, Sigfrido y Krimhilde

se retiraron a sus estancias radiantes de gozo. Y en la cámara regia entró el rey Gunther con la altiva Brunhilde.

No bien se hubo cerrado tras ellos la puerta, la hija de Wotan se volvió hacia el monarca, y los celos que anidaban en su corazón, al fin estallaron.

—Rey Gunther—dijo con voz breve y acento firme—. ¿Quieres explicarme cómo tú, el guerrero más poderoso del mundo, pues que has logrado vencer a la indomable Walkiria, has consentido en dar tu hermana por esposa a un vasallo como Sigfrido?

Contestó el rey :

—Sigfrido no es vasallo de nadie, sino rey de reyes. Si a juzgarle vamos por sus méritos, aun es poco mi hermana para él.

Estas palabras, que avivaban sus celos, unidas a la rabia de haber sido tres veces vencida por aquel pobre rey que después se había mostrado invariablemente cobarde y apático, aumentaron la ira de Brunhilde.

—Rey Gunther—repitió—algo me ocultas que tengo derecho a saber. Di ¿por qué has dado a Sigfrido la mano de tu hermana Krimhilde?

Pero Gunther que no podía confesar la verdad pues tendría, para ello, que haber dicho a Brunhilde cómo había sido Sigfrido y no él, quien por tres veces la había vencido, guardó, por un instante, silencio. Después fué a acercarse a su esposa... Ella entonces le derribó al suelo de un solo golpe de su fuerte brazo. Y, desciñéndose del esbelto talle el cinturón de oro y pedrería, le arrancó un largo cordón de seda que de él pendía, y con él ató las manos del rey, mientras después con el cinturón le ligaba los pies. Hecho esto lo cogió como si fuera un fardo y lo colgó de una barra de hierro que sobresalía del muro. Así pasó el rey Gunther toda la noche. Sólo a la mañana siguiente, por no menoscabar el prestigio real, Brunhilde desligó a su esposo y lo dejó libre.

Y así sucedió también a la segunda, y a la tercera noche.

Al cuarto día el rey Gunther pensó que no podía estar toda la vida así, y venciendo la repugnancia que su orgullo sentía de confesar su rara aventura, llamó en secreto a Hagen Tronje y a Sigfrido, les confió su cuita y les pidió su consejo.

Escuchando el relato de la esquivéz y la crueldad de Brunhilde, Sigfrido no pudo menos de recordar, con mayor amor que nunca, a la bella Krimhilde, de los ojos color de «No-me-olvides», toda suavidad y dulzura. Hagen hundió la barba en el pecho y permaneció silencioso, reflexionando, por unos instantes. Después, centelleando su único ojo con frío fulgor, habló así:

—Grave es lo que te acontece, rey Gunther. Triste es siempre la suerte del vencido, pero es además indigna y vergonzosa la del que se deja vencer por una mujer. Es preciso tomar una resolución rápida, certera y definitiva. A mi ver sólo Sigfrido te puede salvar.

Gunther miró a Hagen con temor y tristeza. Sigfrido con sorpresa. (Mas no con desconfianza).

—El anillo del Nibelungo—continuó Hagen—otorga a su poseedor el poder cambiar de forma a su antojo. ¡Pues bien; he aquí tu remedio! Que Sigfrido, merced al anillo, tome tu figura, y entre en tu lugar ¡oh, Gunther! en la cámara de tu indomable esposa, y la venza. Después de esto será para ti suave y amorosa como cualquier otra mujer,

El rey Gunther palideció ante tal consejo, que suponía—aunque sólo ellos tres conocieran lo ocurrido—una nueva y terrible humillación para él. Sigfrido alzó su voz, sonora como cristalina campana.

—No me presto a eso—dijo—sería una nueva indignidad.

Pero el pérfido Hagen, advirtió dirigiéndose al rey.

—¡Bien está! yo he cumplido con mi deber haciéndote conocer el único camino de salvación posible. Ahora el héroe, tu amigo, aquel a quien has abierto las puertas de tu casa y has dado el amor y la mano de tu hermana, se niega a salvarte. ¡Bien está! Pasarás esta noche ligado de pies y manos y colgado del muro; mañana u otro día tu pueblo conocerá tu vergüenza y te despreciará.

—¡Oh, no! ¡Eso no!—clamó Gunther. Y volviéndose hacia Sigfrido, añadió—: Tú eres el único que puede vencerla y salvarme. Hazlo por la copa de la fraternidad que hemos bebido juntos. Hazlo por tu amor..., ¡por Krimhilde!

Y Sigfrido, que no podía negar nada a aquel dulce nombre amado, accedió.

Aquella noche el monarca que cerró las puertas de la cámara nupcial tras Brunhilde, no fué Gunther, aunque ella así lo creyera, sino Sigfrido, que, merced al mágico anillo, había tomado la figura del rey.

Una vez cerrada la puerta, Brunhilde se volvió, rápida, hacia el que creía su esposo, y desciñéndose en súbito arranque el cinturón de oro y pedrería, se adelantó hacia él, dispuesta a ligarle, como en noches anteriores, los pies y las manos. Mas el monarca —que como ya sabemos, no era otro que el fuerte Sigfrido— le arrebató de un certero golpe, el cinturón, y lo ató, con aire de burla, a su propia cintura. Después avanzó hacia Brunhilde y aguardó su empuje.

Aunque admirada de ver tanto ímpetu en el rey, su esposo, al que ya despreciaba por cobarde, Brunhilde se lanzó a la lucha con su ardor nunca desmentido. Mas el brazo de Sigfrido era férreo y su voluntad indomable. Tras unos instantes de lucha, Brunhilde quedó vencida, agotada... Entonces salió Sigfrido de la cámara y dejó paso al rey...

Al llegar a su estancia, halló Sigfrido a la dulce Krimhilde profundamente dormida,

Más bella que nunca, era tan radiante y serena su expresión que no parecía sino que estuviera soñando con los mismos ángeles. Embelesado el héroe no pudo menos de compararla con la altiva y sombría esposa del rey de Burgundia, a la que acababa él de domar para siempre. Y no pudo tampoco resistir al deseo de poner un beso en aquella frente purísima...

Al inclinarse para realizar su deseo, cayó algo a sus pies... El héroe se inclinó más. Recogió el cinturón de oro y pedrería conquistado a Krimhilde y del que ya se había olvidado. Admiró por unos momentos la fina labor del artífice y el valor de las piedras, que era incalculable. Luego se echó a reír con su risa franca y jovial.

—Nunca lo sabrá nadie — murmuró. Y abriendo un viejo arcón que había en la estancia arrojó el rico cinturón en él.

* * *

La reina Ute y los dos adolescentes, Gerenot y Giselher, no querían separarse tan pronto de su hija y hermana. Ni tampoco del héroe, al que amaban mucho por su gene-

rosidad, por su corazón bondadoso, por aquella su risa juvenil que se borraba rara vez de sus labios, por la luz transparente que lucía en sus ojos. El era quien ahora entretenía las largas veladas de invierno, relatando sus proezas y hablando de las muchas maravillas que había ya visto. Los adolescentes no se cansaban nunca de oírle contar cómo había matado al Dragón, como al chupar su sangre había comprendido el lenguaje de los pajarillos de la Selva Encantada, cómo advertido por ellos, se había bañado en la sangre del monstruo, que manaba a borbotón, aun caliente. Con las pupilas dilatadas y la boca entreabierta pasaban oyéndole las horas enteras, y no hay qué decir de que buena gana reían cuando Sigfrido, que era de natural muy jovial y gracioso, imitaba el andar patizambo de Alberico, o las bárbaras canciones de Mime, el herrero.

Mas había en la corte de Worms dos personas a quienes no placía tanto como a Krimhilde, a Gerenot y a Giselher el relato de las andanzas del héroe. Una de ellas era la altiva Brunhilde, siempre celosa de que una mortal le hubiese arrebatado el amor del se-

midiós que fué a despertarla y que, al mismo tiempo, no acababa de comprender cómo no había sido Sigfrido sino Gunther, tan pusilánime en apariencia, y para todas las demás cosas de la vida, el que la venciera. La otra persona era el esforzado y tétrico guerrero del ojo único: Hagen Tronje, que veía como sus hazañas iban olvidándose en Worms y en Burgundia toda, obscurecidas por las más maravillosas del héroe.

Mas aunque el odio de Brunhilde y de Hagen Tronje batallaban porque los amados y amables esposos se fueran, el amor de Ute y de los adolescentes, los retenía con dulces cadenas.

Una mañana, cuando apenas se había rasgado el alba, se hallaba Sigfrido en el bello jardín del palacio de Worms. Le gustaba bajar a aquella hora porque así conversaba con mayor libertad con los pájaros, sus amigos. Y he aquí que aquel día apenas hacía un momento que Sigfrido escuchaba las cuitas de una parlera alondra, cuando vió llegar a Krimhilde, radiante de belleza, y ataviada con sus mejores vestidos.

Y dijo Krimhilde:

—¿Me agradeces lo que he hecho por ti, esposo mío? Mírame bien y verás por qué te lo digo.

Contestó Sigfrido :

—Te agradezco que existas, que sonrías así y que tengas los ojos azules en vez de tenerlos negros. Te agradezco tus dulces palabras, tu amor hacia mí... Te agradezco que en esta mañana tan hermosa hayas bajado a estar junto a mí, a mirar conmigo estas flores y a escuchar la canción de estos pájaros.

Krimhilde se echó a reir alegremente :

—Me agradeces lo que la naturaleza me ha dado y en lo que yo, por tanto, no tengo ningún mérito. En cambio no te fijas en lo demás, que es en lo que yo tengo alguna parte. Veo que, en esto, te pareces a mi tío Hagen Tronje, que sólo en que le aprieta conoce el traje nuevo que para él ha sido bordado y colocado por la noche en secreto al lado de la cama.

—¿Por qué me dices eso?—preguntó Sigfrido.

Ella volvió a reirse de nuevo, como una chiquilla. Y dijo :

—Porque no te fijas en mi traje ni en el

arreglo de mi persona, que tiene por único objeto el de agradarte, esposo. Y ni siquiera el cinturón has mirado y eso que es primoroso.

Sigfrido miró vagamente el cinturón, casi sin reconocerlo :

—Sí, tiene bellos colores—dijo distraído—. Pero no es el que te corresponde. Sólo el arco iris que se atara en torno a tu cintura podría concertar bien contigo.

—Si quieres que me adorne con el arco iris ponlo de noche a la cabecera de mi cama como hacemos mi madre y yo con los mantos de mi tío el de Tronje. Pero no lo escondas en el fondo del arcón más viejo de la estancia, no sea que también el arco iris pase inadvertido.

Al oír lo del arcón viejo, Sigfrido creyó recordar... Súbitamente cogió a su esposa por el talle, desató los broches del cinturón, se lo arrebató, miró una por una las piedras preciosas. Fuera de sí, como Krimhilde no le había visto jamás, preguntó :

—¿De dónde has sacado esto?

Contestó ella :

—De aquel arcón viejo que hay en nuestra

estancia. Creí que procedería del tesoro de los Nibelungos y que tú lo habrías guardado allí para sorprenderme regalándomelo un día. Por eso...

Sigfrido, en tanto, repetía, como hablando consigo mismo :

—Ella trató de atarme las manos... Yo entonces me enfurecí y usé de mis fuerzas... Se lo arranqué de entre los dedos... Me lo até a la cintura... Después, vencida ya, cuando subí a la estancia donde mi esposa dormía se me cayó al suelo y... ¡ Dame, dame eso, Krimhilde!—gritó, con voz alterada—. No hay pozo bastante profundo para ocultarlo; atémosle una piedra bastante pesada, y tirémoslo al Rhin.

Al verle de aquel modo y oír sus siniestras palabras, fué Krimhilde, la que clamó :

—¡ Sigfrido, Sigfrido ! ¿ Por qué me hablas airado ? ¿ Cómo vino a tus manos este cinturón de mujer ?

—Es un secreto espantoso y maldito—dijo Sigfrido, con aire sombrío—. No quiero hacerle partícipe de él.

Y he aquí que la resistencia de Sigfrido no sólo hirió en lo vivo a Krimhilde, sino que

avivó sus celos y despertó su natural curiosidad de mujer. Insistió :

—¿Por qué no he de conocer yo ese secreto? ¿De qué índole será que no pueda saberlo, que no puedas confiármelo, tú, que tanto me amas, tú, que me has confiado uno mucho mayor, al decirme lo que yo sólo sé, el del único sitio por donde puede alcanzarte la muerte?

—Ese me afecta a mí solo.

—¿Y éste a ti... y a otra persona?—preguntó Krimhilde celosa.

Después lloró, suplicó, y el fuerte, el heroico, el invulnerable Sigfrido cedió a las lágrimas de la mujer bien amada. Y le reveló el secreto de la debilidad del rey Gunther y de su victoria sobre la doncella guerrera. Después, por el honor del rey Gunther, su hermano, y por el bien de todos le exigió que durante toda su vida guardara el secreto. Y ella se lo juró así, solemnemente.

La alondra cesó un instante en su canción para ser testigo de aquel juramento.

VIII

BATALLA DE REINAS

Krimhilde guardó su secreto cinco largos años. Durante ellos vivió tranquila y feliz con Sigfrido en el antiguo y ahora floreciente reino de Siegmundo. Su esposo la amaba con todo el entusiasmo de su corazón juvenil y ardiente; sus súbditos, que en ella veían la personificación de toda dulzura, de toda bondad, de toda suavidad, de toda virtud, se miraban en ella. La prosperidad del antiguo reino de Siegmundo iba a una con la felicidad de los dos esposos. Sólo una sombra nublabá de cuando en cuando la purísima frente de la noble Krimhilde: el recuerdo del rey

Gunther, su hermano, de suyo tan apocado y cobarde, unido y sometido a aquella mujer—la Walkiria—cuyo amor no tenía. Y por una disculpable vanidad femenina gustaba muchas veces, recordando, sin rencor pero con cierta pena a la altiva esposa del rey, su hermano, de ponerse el cinturón de oro y pedrería que Sigfrido conquistara la tercera noche después de sus bodas a la indomable doncella guerrera. Pero siempre tenía después buen cuidado de cubrirlo con su regio manto, pues su esposo le había dado orden muy severa de que lo tuviera bien guardado, como su secreto...

Todo era, pues, prosperidad en el viejo reino del viejo Siegmundo. El amor rebosaba en los corazones y el oro en las arcas. Porque ambos eran inagotables para el valeroso Sigfrido. El amor nacía del alma, y es este amor que nunca se acaba; el oro lo iba sacando del tesoro de los Nibelungos, una de cuyas excelencias era la de no agotarse nunca, pues, por mucho oro que de él se sacara, siempre había la misma cantidad. Sigfrido, por no tentar la codicia de sus súbditos con la vista de tantas y tantas riquezas, guar-

daba el tesoro en una isla desierta que le pertenecía : los últimos Nibelungos, súbditos del poseedor del anillo, lo custodiaban celosamente. Y de tarde en tarde, veíase arribar a la isla una blanca barca desierta... en la que iba Sigfrido revestido de la invisibilidad que le confería el anillo. Y volvía a surcar los mares la navecilla ahora cargada de oro ; y tornaba Sigfrido a los brazos de la fiel Krimhilde y seguían la prosperidad y la dicha albergándose en el antiguo reino del viejo Siegmundo.

En la fastuosa corte de Worms, no se deslizaba la vida tan suavemente. La reina Brunhilde mostrábase cada vez más sombría. Sentía la nostalgia de su país de Islandia, de sus valerosas doncellas guerreras, de su libertad primitiva, fuerte y salvaje. Muchos días salía de caza por ejercitar de algún modo sus instintos guerreros, pero se aburría entre aquellas gentes que calificaba de cobardes y débiles, y cuyas diversiones, aún las de los hombres, le parecían con exceso afeminadas para ella.

La altiva Brunhilde, reina de Burgundia, sentía nostalgia... Pero no era éste su único

mal. A su pesar no podía apartar de su mente la imagen de Sigfrido, el semidiós, el poseedor de la Balmunga, el vencedor del Dragón, ante cuya presencia se había apagado el fuego que le sirviera de lecho uno y otro día, y que debía haber sido, por tanto, su único esposo. Y también a su pesar, acaso, seguía despreciando al rey Gunther, y no comprendiendo como aquel hombre que en todos los actos de la vida se mostraba por demás pusilánime, podía haberla vencido, a ella, a la valerosa hija del dios Wotan.

La reina Brunhilde sentía nostalgia... Y sentía, más vivo a medida que los días pasaban, el deseo ardiente, punzante, de vengarse de Sigfrido y de humillar a aquel simple mortal a quien el hijo de Siegmundo había dado su nombre, su reino y su mano.

Un día, mostrándose cual nunca amable, dijo al rey Gunther :

—Esposo : ¿por qué no viene Sigfrido a rendirte la pleitesía que te debe? Es tu vasallo, pues yo misma le vi sostenerte el estribo ante mi castillo, y no está bien que un vasallo pase tanto tiempo sin rendir a su señor homenaje. Tu honor ¡ oh, esposo ! exige que

le invites a venir a presentarte sus respetos a Worms.

El rey Gunther se resistió débilmente a lo que su esposa le pedía, pero, al fin como estaba tan prendado de ella, no pudo por menos de acceder. Y envió un mensaje a Sigfrido invitándole a permanecer una temporada en Worms.

Sigfrido y Krimhilde no tenían grandes deseos de abandonar su reino, mas, después de mucho pensarlo, convinieron en que no podían rehusar, y se pusieron en camino.

Otra vez la corte de Worms resplandeció de fiestas, y de nuevo se oyó resonar en los palacios como en las moradas humildes, contada y cantada por todos los labios, la gesta gloriosa del heroico Sigfrido. Los adolescentes, hermanos de Krimhilde sintieron que la alegría juvenil renacía en su corazón al abrazar a su hermana y a Sigfrido, de cuyo parentesco estaban tan orgullosos. Y la reina Ute secó sus lágrimas, y Volker, el trovador entonó otra vez sus inspiradas canciones.

También el rey Gunther recibió a los ilustres huéspedes con cariño sincero, como hermanos y no como vasallos, pues no lo eran

ni podían serlo. Y esto fué causa de que Brunhilde, reavivada la herida de su rencor al ver de nuevo a Sigfrido, se mostrara más sombría y taciturna que nunca.

Y no fué ella sola. Hagen Tronje, que no podía perdonar al héroe aquella justa fama que a él le obscurecía, y envidioso además de su inestimable tesoro, sintió renacer también su indigna pasión al contemplar la dicha evidente de Krimhilde y Sigfrido. Pero, más astuto y falso que la reina de Islandia, fingió gran cordialidad a los recién llegados.

Y se sucedieron los días, radiantes para el héroe y su dulce esposa, gratos para Ute y los muchachos y el trovador, desabridos y amargos para Hagen y para Brunhilde. El viejo guerrero del ojo único aguardaba, paciente, su ocasión... La ira de la Walkiria, más franca y potente amenazaba estallar de un momento a otro, e incapaz de esperar ocasión la buscaba.

Así llegó un domingo. Las campanas de la Catedral repicaban. La corte de Worms vistió sus mejores galas para asistir al Oficio. Según el antiguo rito debían penetrar en el

templo las mujeres antes que los hombres. Y he aquí que Krimhilde, deseosa de agradar a Sigfrido, se revistió de su ropaje más rico, de su manto más recamado, de su velo más fino. Una delicada corona de oro incrustada de piedras preciosas, la más bella entre cuantas se hallaron en el magno tesoro de los Nibelungos, ceñía sus sienes. Y, no por mofa ni escarnio, sino por aquella disculpable coquetería femenil de que ya hablamos, estrechaba su talle delgado el rico cinturón de Brunhilde.

Así llegó, seguida de sus doncellas, a la escalinata de la catedral. Como eran todas jóvenes y bellas y estaban alegres porque el sol reía, subían los pétreos escalones con gozo y con prisa, como bandada de palomas blancas, pues todas iban de blanco vestidas. Y he aquí que cuando el cortejo había llegado apenas a la mitad de la escalinata, apareció al pie de ella, el cortejo de Brunhilde, reina de Burgundia.

También la altiva Walkiria había vestido las mejores de sus regias galas. Su traje estaba todo cubierto de pedrería finísima, en la cabeza llevaba la corona muy renombrada

de la corte de Burgundia y era tan espléndido su negro manto que cubría toda la escalinata, a medida que la reina avanzaba por ella. También la seguían sus doncellas y damas, pero no departían con su señora alegremente como las de Krimhilde, sino que se mantenían a respetuosa distancia. Su paso era procesional y solemne. Los tonos de sus ricas vestiduras eran todos oscuros. Y la sombra que nublaba eternamente el semblante de su reina, parecía extenderse a los de ellas.

Sucedió, pues, que estando el cortejo blanco a mitad de la escalinata apareció al pie de ella el cortejo negro. Al ver Brunhilde a la esposa de Sigfrido, sus celos estallaron violentamente y al advertir que en unión de sus doncellas se le había adelantado para entrar en el templo, su eterno orgullo, su antigua altivez, surgieron con ímpetu. Arrancando la cola de su manto a las doncellas que se la sostenían y recogiénola de cualquier manera, echó a correr, escaleras arriba. Sus damas, abandonando el paso procesional que llevaban, la siguieron apresuradas como vuelo de negras palomas dispersas.

—¡Detente!—gritó Brunhilde a la esposa de Sigfrido, adelantándose unos pasos a ella—. ¡Detente!

Krimhilde, sorprendida, se detuvo, volviendo el dulcísimo rostro hacia su cuñada. (Las campanas de la Catedral de Worms repicaban...) No pronunció palabra y aguardó a que Brunhilde fuera la que hablara.

—¡Detente!—repitió la reina de Burgundia—. No es justo que la mujer del vasallo entre en el templo antes que la esposa del rey.

—¿De quién hablas, hermana?—preguntó Krimhilde casi sin comprender.

—De ti..., y de tu marido, que no es sino un miserable vasallo del mío.

Krimhilde se sintió herida por aquellas palabras en lo más vivo de su corazón.

—Te equivocas... o mientes, reina de Burgundia—dijo sin alterar aún su voz dulce—. Nada me importa entrar antes o después que tú en la Catedral de Worms, pero no consiento que hables así de mi esposo. Sigfrido no es vasallo de nadie, antes al contrario, doce reyes son sus vasallos. Sigfrido es el más poderoso de todos los monarcas; así

como ningún guerrero pudo dejar nunca de rendirse ante la Balmunga, así ningún rey dejó jamás de inclinarse ante su cetro.

La reina de Burgundia lanzó una carcajada tan estridente que penetró en el templo, interrumpiendo la austeridad del Oficio y clavándose en el corazón de la reina Ute. (Las campanas la Catedral tocaban, tocaban.) Al fin habló Brunhilde, cortando su risa :

—Si fuera verdad eso que dices, *vasalla*—repetió—no hubiera yo visto a tu esposo sostener el estribo al mío. Este, Gunther de Burgundia es, no sólo el rey más poderoso de la tierra, sino también el más fuerte guerrero.

—El más fuerte guerrero—insistió la dulce Krimhilde—es el que dió muerte al Dragón y se apoderó del tesoro de Alberico y de su mágico anillo.

—Nada son esas pruebas—opuso Brunhilde—si las comparas a la realizada por el rey Gunther al vencerme a mí. Sin duda tu Sigfrido no habría dejado de intentarlo de no saber que yo era invencible. Recuerda, *vasalla*, recuerda que fuí la última Walkiria, la hija de Wotan, dotada de toda sabiduría y de toda fuerza. Más de mil esforzados gue-



— ¡Detente! ¡Detente!

reros sucumbieron en la prueba al querer conquistarme. ¡ Sólo Gunther lo logró ! Y ahora déjame paso... ¡ Aquí, mis damas ! Hasta que no haya pasado la última de vosotras, que no avance un solo paso esa miserable mujer !

El injusto y feroz insulto llenó de ira, por primera vez en la vida, el apacible corazón de Krimhilde. (En la Catedral las campanas seguían tocando.) Vió ante sus ojos una nube roja y una nube negra, y, sin pensar donde estaba, sin saber lo que hacía, fué ella la que gritó a la reina de Burgundia :

—¡ Detente ! ¡ Detente !

Brunhilde, que ya estaba con sus damas, cerca de la puerta de entrada al templo, se detuvo un punto.

—¡ No sabes lo que dices !—siguió gritando Krimhilde—. ¡ Sabe que si yo quisiera podría hacerte la criatura más infeliz de la tierra ! ¡ Qué contesto a tu orgullo y a tu insolencia con mi silencio porque aun, a pesar de todo, me inspiras compasión !

Los ojos de la reina de Burgundia llameaban.

—¡ Calla, calla ! ¡ Cesa en tus bravatas !

¡ Compadecerme a mí la mujer de mi vasallo !

Krimhilde, que ya no podía más, volvió a ver ante sus ojos la nube roja y la nube negra. (Las campanas tocaban, tocaban.) Y echó hacia atrás su manto :

—¡ No son bravatas, no !—dijo—. ¿ Reconoces este cinturón? Con él ligaste a tu esposo las tres primeras noches de tu matrimonio y a la cuarta mi marido, al que tratas de vasallo, te venció, apoderándose de él. Porque él fué quien valiéndose del mágico anillo te domó, fiera, en Worms y en Islandia. El quien sostuvo el escudo de Gunther, y lanzó la piedra y empujó la lanza. ¿ Quién hubiera podido hacerlo que no fuera él, el matador del Dragón?

Al oír aquellas palabras y ver su cinturón, como prueba incontestable, en el fino talle de su rival, Brunhilde lanzó un grito tan espantoso que resonó en todo el templo. Las campanas cesaron de tocar, el sacerdote interrumpió el Oficio y los fieles salieron a ver qué ocurría.

Con ímpetu salvaje, Brunhilde se despojó de su manto y de su corona y corrió a arrojar por el puente levadizo al foso. Allí la

detuvieron el rey Gunther y su tío, Hagen Tronje.

Volviéndose hacia ellos, como una furia, la hija de Wotan, gritó:

—¡No quiero vivir más! ¡No comeré ni beberé ni dormiré hasta que no muera Sigfrido!

IX

LA TRAICIÓN

Encerrada en su regia estancia, en el fondo de ella para no oír la voz de los pájaros ni ver la luz del sol, Brunhilde, reina de Burgundia permanecía muda, inmóvil, amenazadora. No comía, ni bebía, ni dormía, ni hablaba. Cuando el rey Gunther, solícito, se acercaba a ella para rogarle que abandonase aquella desconsoladora actitud, cuando la reina Ute, condolida del dolor de su hijo, le suplicaba que se dignase acercar los labios al vaso, o a la taza, Brunhilde contestaba invariablemente, con voz enronquecida :

—¡Comeré y beberé cuando muera Sigfrido!

Y la reina Ute volvíase a sus habitaciones con la cabeza baja y los ojos enrojecidos por el llanto y el rey Gunther, de rodillas ante la orgullosa Brunhilde, clamaba:

—¡No puedo, no puedo! ¡Es el esposo de mi hermana, y he bebido con él la copa de la amistad! ¡Es como si fuera mi hermano!

Y ella le miraba, sombría, y no volvía a despegar los labios.

Alguien en la corte de Worms veía con gusto el odio de Brunhilde por Sigfrido y maquinaba el modo de aprovecharlo para perder al héroe. Era éste Hagen Tronje, que, como sabemos, no podía perdonar a Sigfrido haber obscurecido con sus glorias su antiguo renombre, y que, además, envidiaba con afán creciente el inagotable tesoro de los Nibelungos. Situado tras el sitio de Brunhilde, trataba de convencer al monarca de que el deseo de la reina era justo.

—Sigfrido ha sido un deslenguado—decía—que por ceder débilmente a una curiosidad de mujer, ha pregonado a los cuatro

vientos tu deshonra, rey. ¡ Merece la muerte !

El rey, abatido, repetía :

— ¡ He bebido con él la copa de la amistad ! ¡ Es mi hermano !

Y Brunhilde, siniestra, dejaba escapar de su pecho el mismo invariable grito :

— ¡ Que muera Sigfrido !

Pasaron así muchos días. Sigfrido y Krimhilde se preparaban a partir para su viejo reino. La reina de Burgundia no comía, ni bebía, ni dormía, ni hablaba... Gerenot y Giselher no reían ya, ni cantaban. La reina Ute y el rey Gunther gemían... Y Hagen Tronje atizaba el fuego. En la sombría cámara real apenas se percibía el contorno de seres y cosas. No se oía el vuelo de una mosca. Sólo, de cuando en cuando, aquel grito fatídico :

— ¡ Que muera Sigfrido !

Y otra voz sorda e insinuante, repetía :

— Sigfrido, te ha deshonrado, rey Gunther. ¡ Que muera !

Una vez dijo el rey Gunther :

— Aunque yo consintiera en la infamia que me pedís, aunque hiciera traición a mi hermano : ¿ cómo podría morir si es invulnerable ?

Brunhilde implacable, gimió :

—¡ Que muera Sigfrido !

Y Hagen, contestando a la pregunta del rey :

—Si se le atacara por el punto donde le cayó la hoja de tilo...—insinuó.

—¿Y acaso sabe alguien cuál es ese punto? El héroe no ha consentido jamás en decirselo a nadie...

Hagen insinuó de nuevo :

—Yo podría saberlo...

Pero el rey, horrorizado de la sola idea repetía :

—¡ No, no ! ¡ Es mi hermano ! ¡ es mi hermano !

Y la voz de Brunhilde, como el eco, continuaba gimiendo :

—¡ Que muera Sigfrido ! ¡ Que muera Sigfrido !

* * *

Al día siguiente iba a celebrarse en la corte de Worms una gran cacería. La habían organizado Gerenot y Giselher, los dos adolescentes hermanos de Krimhilde que con ella querían despedir a Sigfrido, quien debía partir a poco para su reino.

Preparando los arreos de caza de su esposo, la dulce Krimhilde temblaba, sin saber la causa. Y he aquí que cuando estaba por sus propias manos limpiando la lanza y el escudo y el arco del héroe, se presentó Hagen Tronje ante ella. La mirada del único ojo del guerrero era más fría y acerada que nunca al posarse en Krimhilde.

—Sobrina—le dijo—¿eres capaz de guardar un secreto?

La dulce esposa del héroe sintió que la sangre afluía a su rostro :

—La única desdicha de mi vida la ha causado un secreto que no supe guardar. No, no soy capaz de ello...

Hagen Tronje se inclinó más hacia la bella.

—Este, sin embargo, debes conocerlo, pues se trata de algo para ti muy caro.

—¿Mi esposo?

—¡Tu esposo! ¿Sabes que mañana hay una gran cacería?

—Heme aquí preparando las armas.

—¿Y no sospechas — insistió el pérfido Hagen— que la caza de mañana sea, más que caza de la fiera, caza del hombre?

—No te entiendo, tío...—replicó Krimhilde, toda temblorosa.

—Acaso porque no sabes que el héroe, tu esposo, tiene enemigos.

—¡La Walkiria!—exclamó Krimhilde estremeciéndose.

—Sí, Brunhilde, reina de Burgundia.

Hubo un momento de silencio, y, después, el pérfido Hagen se echó a reír.

—Perdona, sobrina—dijo alegremente—, te estoy inquietando inútilmente. Olvidaba que

«nada pueden contra él
espadas, flechas ni lanzas»,

pues que es el héroe invulnerable a quién bañó, caliente aún, la sangre del Dragón.

—¡Así es, pero...!—gimió Krimhilde—. ¿Has olvidado, acaso, o no sabes, aunque es cosa que cantan todos los troveros, que hay en él un punto vulnerable?

El astuto Hagen fingió hacer memoria.

—Es verdad---dijo al fin—. Lo había olvidado, y eso que él mismo nos lo ha referido mil veces. Y aún no recuerdo bien; tengo

una idea vaga de que se trataba de cierta hoja.

—Sí—suspiró Krimhilde—; de una hoja de tilo.

—¿Y en qué puede haberle dañado una hoja de tilo? Ahí tienes una cosa que es para mí un enigma.

Y Krimhilde explicó a su tío Hagen Tronje, cómo una ráfaga de viento había lanzado la hoja de tilo sobre el héroe mientras se bañaba en la sangre del Dragón y cómo el punto donde había quedado pegada era el punto débil de su marido.

Todo esto lo sabía de memoria Hagen Tronje, pero, atento a su plan, siguió inquiriendo como si todo aquello le importara mucho.

—Le habrá caído a la espalda, pues que no lo notó. Ya ves si el hecho será insignificante que ni siquiera sus parientes y amigos, los que podríamos defenderle, sabemos cual es ese punto débil. ¿Qué temes, pues?

—Temo a las Walkirias—suspiró Krimhilde—. Dícese que aun con los ojos cerrados dan siempre en el blanco.

—Entonces... lo mejor sería que tu esposo tuviera un fiel escudero que le cubriera las espaldas. ¿No te parece?

—¡ Oh, sí ! Mas ¿ lo consentiría él ? Más orgullo tiene en ese punto vulnerable que le hace igual a los demás hombres, que no en toda la fama de sus proezas.

El pérfido Hagen veía que su plan iba a las mil maravillas.

—Es que él no tendría necesidad de saber que le guardan. Yo mismo podría...

—¡ Oh, tío ! Si lo hicieras...—suplicó Krimhilde juntando las manos.

—Te juro que lo haré.

Dijo Hagen y su único ojo brilló con acera-do fulgor. Besó a su sobrina en la frente, y, con paso majestuoso, se dirigió a la puerta. Ya en ella se volvió.

—Escucha—dijo—, ¿ cómo podré saber el punto que he de defender, si no lo conozco ? ¿ Por qué no has de decirme dónde cayó la hoja de tilo ?

Krimhilde se estremeció violentamente y luego habló así :

—Es la primera vez que confío este secreto. Nadie más que él y yo lo sabe y si a mí me lo reveló fué porque su mucho amor no le permite ocultarme nada. Es la primera vez... Pero no importa, pues que es por su bien. La hoja

de tilo le cayó en el lado izquierdo de la espalda, cerca del hombro, entre las costillas.

Hagen dió un suspiro de alivio que reprimió en seguida. Dijo :

—Entre las costillas... en el lado izquierdo... Sí, sí... pero ¿y el punto justo, preciso? Lo mejor sería que le bordaras en la túnica una pequeña crucecita roja, que lo señalara.

Krimhilde asintió. Y, en medio de sus grandes temores, se sintió aliviada al pensar que podía hacer algo por Sigfrido.

Toda la noche la pasó bordando. Al amanecer, la túnica de Sigfrido tenía en la espalda una crucecita roja.



X

LA CACERÍA

Asomaba el alba cuando ya en el palacio de Worms resonaban los clarines de caza. En la plaza de armas todo era ir y venir. Las jau-rías hacían retemblar las piedras con sus impacientes ladridos; en las cuadras, los caballos piafaban, nerviosamente. Los hombres del servicio no habían dormido en toda la noche, limpiando arneses y preparando armas y acomodando vituallas. Dos carros llenos de ellos y uno repleto de cubas de vino del Rhin habían salido hacia el monte, antes de la madrugada.

Tampoco Krimhilde había podido dormir

en toda la noche. También antes de la madrugada había saltado del lecho. Rezaba, lloraba, se arrepentía de haber revelado el secreto a Hagen Tronje y al momento confiaba toda su salvación a él. Y así llegó la mañana y Sigfrido estuvo a punto de partir a cazar. Cuando, vestido y armado, confiado y alegre, estuvo en la puerta :

—¡ Sigfrido mío, no vayas !—gritó Krimhilde.

—¿ Por qué no he de ir, esposa mía ?—preguntó el héroe—. He de ir, pues que he dado mi palabra.

—Vete, pues. ¡ Quiera Dios que vuelvas !

—¡ Qué raro deseo ! ¿ Por qué no he de volver ?

Krimhilde dijo enlazándole los brazos al cuello :

—He soñado que las montañas se caían y te enterraban debajo...

Sigfrido se echó a reír con su risa franca.

—¡ No sabes bien—dijo—lo firmes que están !

—He soñado también que un jabalí furioso se volvía contra tí.

—El vencedor del Dragón no puede temer a los jabalíes...

—Soñé que un hombre te traicionaba...

—Voy entre amigos.

La voz de Hagen resonó, funesta, llamando a Sigfrido. Y Krimhilde se estremeció al pensar que aquel hombre conocía el secreto que ni aún ella debió jamás conocer. El héroe, enlazando con sus brazos el talle de Krimhilde, puso un beso en sus labios.

—¡ Que vuelvas !—murmuró ella aún.

En el patio, los monteros daban la orden de salida. Allí se había reunido toda la Corte... excepto los dos adolescentes hermanos de Krimhilde, Gerenot y Giselher, que, a pesar de ser los más aficionados a tales diversiones y fiestas, a pesar de ser ellos quienes más empeño tuvieron en que se organizara aquélla, no quisieron ir. Tal vez sospechaban que nada bueno podía resultar de tal cacería; tal vez adivinaban el peligro que corría Sigfrido, su mejor amigo, su héroe admirado. Tal vez...

Y llegaron los cazadores al monte, y toda la mañana transcurrió en medio de la mayor animación. No son para contadas las proezas que Sigfrido realizó durante aquella mañana. El

sólo cobró un león, un oso, una loba y un buen número de ciervos, gacelas y gamos. Por todo ello, recordando sus buenos tiempos heroicos, allá, en su país, estaba tan contento que no hacía más que cantar y reír. El rey Gunther, en cambio, mostrábase por demás sombrío, y Hagen Tronje sonreíase de un modo extraño mirándolos a los dos.

Al llegar el medio día todos los gatzates estaban secos y todos los estómagos reclamaban alimento. En un hermoso lugar, cubierto de espeso y verde follage, se pusieron las mesas, que se cargaron de exquisitos manjares. Y los que tanto habían trabajado durante la mañana, se dispusieron a reposar, y, alegremente, a comer y beber. Viendo próximo el banquete que había de reparar sus fuerzas, Sigfrido cantaba, cantaba... Pero los demás no le hacían coro.

—No estás alegre, cuñado—dijo, al fin, al rey Gunther.

Pero el rey protestó :

—Sí lo estoy, ¿por qué no lo he de estar?

—Porque yo sé, afortunadamente, distinguir los rostros de los que van a un entierro de los que van a una boda y el tuyo más se

parece a los primeros que a los segundos. ¡Vamos! Comamos alegremente, sin rencor ni malos recuerdos, y cambiemos nuestras riquezas. ¡A ver! Yo os traigo carne de todas clases, y por un uro (1), cinco jabalíes, treinta o cuarenta ciervos y tantas perdices como podáis recoger, sin hablar ya del león, el oso y la loba, sólo os pido una copa de vino del Rhin.

El copero entonces empezó a lamentarse. ¿Dónde estaban los carros del vino? ¿Cómo no habían llegado aún? Se buscó por todas partes, se averiguó quién tenía la culpa, y resultó que el mismo Hagen Tronje, al dar las órdenes la noche anterior, había equivocado la dirección que diera a los que guiaban los carros.

Pero la contrariedad de Sigfrido había pasado ya.

—¡Bebamos agua fresca!—gritó alegremente—. Quien conozca estos lugares que diga dónde está el manantial.

Se adelantó Hagen, fijando en el héroe la fría mirada de su único ojo.

(1) Animal salvaje, parecido al bisonte.

—Yo lo sé—dijo—; allá abajo, a la sombra de un tilo frondoso, hay una fuente maravillosa de agua fina y helada.

Sigfrido lanzó su grito victorioso.

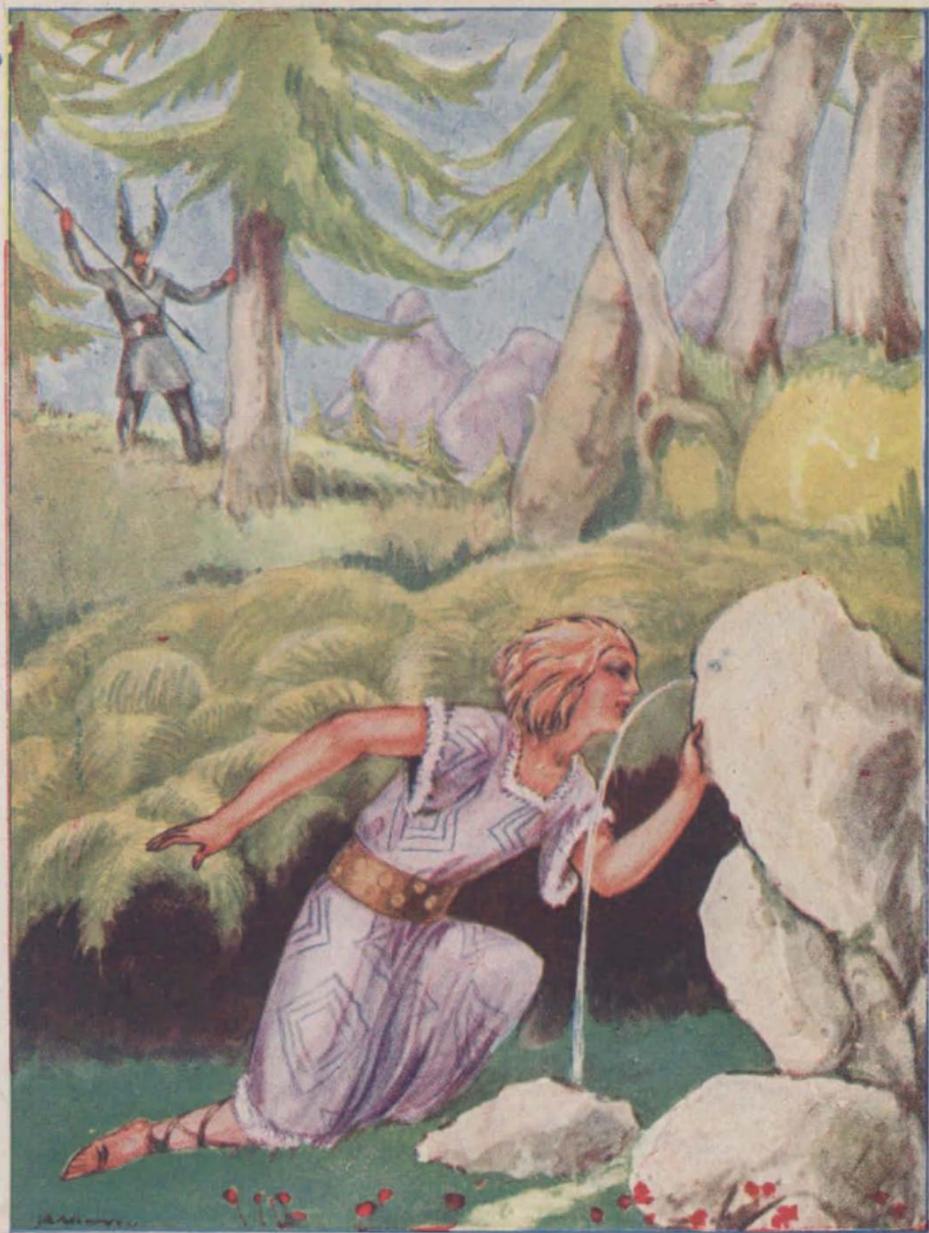
—¡Vamos allá!

Hagen se prestó a enseñarle el camino. El rey Gunther, que estaba presente, comprendió que había llegado el fatal momento que Hagen buscaba, tornóse intensamente pálido, y se adelantó como para advertir a Sigfrido. Pero Hagen, con una penetrante mirada de su único ojo, le impuso silencio. Y detuvo a Sigfrido.

—Escucha, héroe—le dijo—, he oído mil veces decir que eres el corredor más ligero del mundo. Pues... aunque ello sea presunción de mi parte, me gustaría probar mis fuerzas contigo. Despojémonos de las armas y veamos quién llega antes a la fuente.

Sigfrido, que estaba del mejor humor del mundo, aceptó.

Con aquella misma ligereza que un día le sirviera para vencer al horrible dragón, se despojó de sus armas. El arco, la lanza, la invencible Balmunga y el potente escudo, cayeron al suelo. Más pausadamente, a su lado, Ha-



..cerca del manantial, vió a Sigfrido.

gen Tronje se despojaba también de las suyas. Fué dada una señal y los dos hombres echaron a correr.

Pero el traidor Hagen Tronje, no bien Sigfrido se le hubo adelantado dos pasos, volvió pies atrás y tomó su lanza. Y echó de nuevo a correr.

Cuando llegó cerca del manantial, vió a Sigfrido que, arrodillado junto a la cristalina corriente, bebía de aquel agua pura. Estaba por tanto de espaldas al lugar por donde Hagen Tronje llegaba, y el traidor guerrero, pudo perfectamente ver, sobre el único punto vulnerable del héroe, la roja cruz que Krimhilde bordara.

Con tan excelente guía, Hagen Tronje no tuvo más que lanzar certeramente la lanza... El hermoso cuerpo del héroe, de parte a parte quedó traspasado.

—¡ ¡ Amigos ! !

Fué el grito horrible de Sigfrido al sentirse el corazón atravesado por el frío mortal del acero. (No dejó de ver el rostro siniestro de Hagen, reflejado en las aguas.) Después, merced a un esfuerzo supremo consiguió ponerse de pie, y, medio a rastras, medio an-

dando, siempre atravesado por su propia lanza llegó al sitio donde había dejado sus armas.

—¡ Mi espada !—gritó—. ¿Dónde está mi espada?... Si eres hombre, Hagen Tronje, acepta mi desafío. ¡ Una espada para un hombre muerto !

La espada ya no estaba allí. Mientras con extraviados ojos la buscaba, Sigfrido vió al rey Gunther que, pálido, desencajado, se cubría la cara con las manos para no ver aquel espectáculo horrible. Y el héroe comprendió.

—¡ Rey Gunther, hermano !—clamó—. ¿Por qué me has matado? ¿Merecí yo acaso esto de tí?

Moribundo, agónico, desangrándose, muriéndose «gota a gota como un cirio que empezó a derretirse» Sigfrido avanzaba, avanzaba hacia sus asesinos. De pronto, sus pies tropezaron con algo. Miró.

—¡ Mi fiel escudo ! ¡ Contigo he de derribar a ese perro !

Y atravesado aún por la lanza, perdiendo a torrentes la sangre, tuvo aún fuerzas para levantar el escudo y lanzarlo contra Hagen Tronje. Mas el traidor esquivó el golpe, y Sigfrido cayó al suelo, para no levantarse más.

En el alto silencio de la noche se escuchaba su agonía. Decía :

—¡ Ya estáis libres de Sigfrido, burgundios !... Pero sabed que con él os habéis matado a vosotros mismos... ¿ Quién podrá creer jamás en quien miente así ?... Os habéis cubierto de infamia y, en adelante, al maldecir se dirá siempre : « ¡ sapos, víboras y burgundios » ! Pero no... vosotros delante : « ¡ burgundios, víboras y sapos ! ».

Gunther, que, horrorizado, seguía a bastante distancia a los que se iban, le oyó repetir todavía durante un buen rato :

—¡ Krimhilde !... ¡ Oyeme, Krimhilde !...
¡ Mi dulce Krimhilde !... ¡ Krimhilde !...
¡ Krimhilde !

De pronto la voz se interrumpió. Nadie volvió a escucharla jamás.

XI

EL LAMENTO DE LA REINA

Tampoco aquella noche pudo dormir, ni aún reposar, la esposa del héroe. ¿Por qué no volvía Sigfrido de la cacería? ¿Por qué sus hermanos, tan adictos al héroe, no habían querido asistir a aquélla que era su diversión favorita? ¿Por qué el rey Gunther cuyo clarín había escuchado, al regresar a palacio no había ido a saludarla?

Ya de madrugada Krimhilde llamó a sus doncellas. Estaba ya vestida y dispuesta.

—Quiero ir al bosque—dijo—; quiero salir al encuentro de mi esposo. Arregláos para acompañarme.

Las doncellas obedecieron y Silvia, la que Krimhilde amaba más, abrió la puerta para salir.

Antes de dar un paso, lanzó un grito terrible.

—¡ Dios mío !—clamó—. ¡ Un muerto ante la puerta !

Y antes de que las doncellas pudiesen evitarlo ya estaba Krimhilde fuera de la estancia, arrodillada ante el cadáver de su muy bien amado Sigfrido.

No tardaron en aparecer todos los de palacio ; la reina Ute, sus hijos pequeños Gere-not y Giselher, el rey Gunther pálido y turbado por el propio delito... Y los caballeros y los servidores acudieron también y todos lloraron sobre el cadáver de Sigfrido al que habían amado muy tiernamente.

Los más fuertes levantaron a Sigfrido del suelo ; el bello cuerpo del semidiós fué bañado en agua pura y vestido con ricos atavíos de seda ; después fué colocado en una caja de cedro con incrustaciones de plata. Al lado del féretro, que hasta el último instante estuvo descubierto, Krimhilde se mantuvo inmóvil y silenciosa. No gritaba ni lloraba como suelen

hacer las mujeres, ni se arrancó los cabellos ni se retorció las manos. Pálida y sombría parecía de mármol.

Entonces las mujeres ancianas, las viejas hermanas de la reina Ute, se deshicieron en quejas y lamentos, y empezaron a relatar las muchas penas y desgracias que habían pasado en su vida, para distraer a Krimhilde de la suya propia. Pero Krimhilde no parecía oírla. Y de pronto fué ella quien habló lenta, lentamente :

—Los pájaros del bosque hablaban con él porque sabían que era inocente cual ellos... Los monstruos y los gigantes caían a sus pies como míseros insectos, porque sabían que era todopoderoso... Más que los rayos del sol en verano, más que todo el oro y las gemas del tesoro de los Nibelungos resplandecía Sigfrido, obscureciendo con su brillo a todos los otros héroes del mundo. Yo a su lado era, por su reflejo, grande como él. Y ahora que él ya no existe, yo nada soy ni nada valgo, soy como la hoja caída del árbol que la planta del caminante pisa y quiebra, y cuyas partículas el viento esparce. Día y noche, por tantos años como de vida me queden, he de llorarte, ¡ oh,

esposo !, he de recordar cómo fuíste para mí todo amor y todo dicha y todo alegría. Mas alguien ha de llorar tanto como yo, ¡te lo juro ! Los traidores burgundios, tus asesinos, contra quienes ha de volverse el maldito tesoro de los Nibelungos !



Y he aquí que, en tanto, el cobarde rey Gunther llamaba con todas sus escasas fuerzas a las puertas de su aposento, en el que estaba, desde hacía muchos días, encerrada la reina Brunhilde.

Aun en medio de su dolor y de su remordimiento por haber consentido en la muerte del inocente Sigfrido, el apocado rey creía alegrarse de pensar en la alegría que iba a tener la orgullosa Walkiria.

—¡ Abre, Brunhilde !—gritó—. ¡ Ya puedes comer y beber y reir, esposa ! ¡ Te traigo una buena noticia !

Se descorrió el cerrojo que encerraba a la reina de Burgundia, y Brunhilde apareció, más sombría que nunca, envuelta en su manto negro.

—Habla—dijo brevemente al rey.

Y dijo el rey Gunther :

—Sigfrido ha muerto.

Entonces Brunhilde lanzó una carcajada tan estridente que debió oirse en la misma Islandia. Cuando acabó de reir :

—¡ Imbécil !—gritó—. Has asesinado a tu mejor amigo, a tu hermano, por la intriga de una mujer... Pues sabe también, si no lo habías sospechado nunca, que has asesinado lo que yo más amaba.

Y envolviéndose en su regio manto, y dejando allí al rey Gunther más frío que una estatua de mármol, corrió a la catedral, donde aún estaba expuesto el cuerpo del héroe, de cuyo féretro Krimhilde no se separaba. Se arrodilló ante él, arrepentida de sus celos y de su odio, sin duda, se inclinó a besar su frente, y cuando fueron a levantarla de aquel lugar vieron que estaba muerta.

XII

EL FIN DEL TESORO

Pasó mucho, mucho tiempo. Krimhilde, triste y desconsolada siempre, no podía ni quería olvidar al que tanto amara, al semidiós protegido de los dioses al que había unido su destino de mortal. Y en vano trató de recabar justicia de su débil hermano contra el traidor Hagen Tronje; Gunther temía y necesitaba al guerrero y se negaba a ejercer ninguna acción contra él. La triste Krimhilde tuvo que devorar su dolor y sus lágrimas en la mayor soledad.

Entonces, la que había sido reina del viejo país de Siegmundo y esposa del más esforza-

do de los héroes, mandó construir, cercano a la ciudad de Worms, un gran mausoleo donde enterró el cuerpo de su amado Sigfrido. Y la hermana del monarca de Worms, la un día dulce y tierna Krimhilde, pasaba allí la vida llorando y lamentándose de su triste suerte.

Y sucedió en esto que Hagen quien, como sabemos, era, sobre todo, un implacable ambicioso, trataba día y noche de convencer al rey Gunther de que debían ir en busca del mágico tesoro que, a la muerte de Sigfrido, había quedado en la lejana y desierta isla. Hagen deseaba vivamente aquel oro, pero Gunther sentía una gran repugnancia por él, porque le recordaba el crimen cometido bajo su consentimiento, su horrible traición contra aquél con quien había bebido la copa de la amistad, y, por último la triste y vergonzosa aventura de sus bodas con la Walkiria y su doloroso e impensado fin. No obstante, como tanto y tanto le atormentaba Hagen, el rey, luchando entre su debilidad y su temor, acabó por acceder con una justa condición:

—Id en busca del tesoro—dijo—si Krimhilde os lo consiente y quiere, a vuestro regre-

so, aceptarlo, como precio de su perdón y de su olvido.

Giselher y Gerenot, los hermanos pequeños de Krimhilde, a quienes ella amaba aún tiernamente por ser los únicos que no se habían manchado con la sangre del héroe, fueron los encargados de llevar a Krimhilde la proposición de su hermano.

En un principio la viuda del héroe la rechazó indignada y gimió y clamó que no quería ver más aquel oro que había sido causa de tantas desgracias, y que jamás olvidaría su mal ni perdonaría a los que se lo habían causado. Pero después de pedir tres días para reflexionar, concluyó por aceptar la proposición :

—Ese tesoro me es amable, a mi pesar, porque fué el regalo de bodas que me dió mi esposo. Quedaré agradecida a aquél que vaya en su busca y me lo traiga.

Y encerraban una verdad estas palabras de la reina Krimhilde, pero también encerraban el mismo misterio que ella guardaba en su pecho y no quería confiar a nadie. Era este misterio su secreto designio de vengarse de los que habían asesinado a su esposo, de Hagen

sobre todo. En aquellos tres días de reflexión había pensado que el oro podía servirle de mucho para la realización de aquella venganza.

Giselher y Gerenot acompañaron a Hagen Tronje en su viaje a la lejana isla del tesoro. Porque sospechaban su maldad, recelaban de él y como conocían su insaciable ambición temían que pretendiese hacer suyas aquellas riquezas.

Al cabo de muchos días de navegar en la blanca barca, arribaron a la isla donde el fabuloso tesoro, guardado por los últimos enanillos, había aumentado fabulosamente. En nombre de Krimhilde, esposa de Sigfrido se apoderaron de todas aquellas riquezas, y navegaron de nuevo con rumbo a Worms.

Krimhilde pareció acoger el tesoro con grande alegría y por primera vez después de algunos años, sonrió, y pareció reconciliarse con su hermano Gunther.

Mas, he aquí que, no bien se vió en posesión de aquella riqueza, empezó a gastarla en provecho de su venganza. Y hoy regalaba un bolsón lleno de monedas de oro al mejor capitán del ejército de Hagen y mañana repartía los más claros diamantes entre la guardia

noble del rey Gunther, y ahora ofrecía un banquete opíparo a los soldados de palacio, y luego donaba las joyas más preciosas a los caballeros de la corte. Y con todo ello se atraía a los que creía habían de ayudarla en su venganza. A su lado iba formándose ya un ejército que amenazaba ser más poderoso que el del rey. Los más fuertes guerreros y los caballeros más leales eran sus partidarios.

Si el rey no advertía el intento que la conducta de Krimhilde escondía, no podía tal intento pasar inadvertido para Hagen Tronje, cuya astucia y cuya conciencia manchada velaban de día y de noche. Por ello decidió que aquello acabara.

Cierto día en que Gunther había invitado a Gerenot y a Giselher—guardianes naturales del tesoro—a ir de caza, Hagen Tronje pretextó una indisposición para no acompañarlos. No bien se hubieron alejado, entró con su guardia en el lugar donde el tesoro de los Nibelungos se guardaba, asesinó a los soldados que lo custodiaban, se apoderó de él y lo hizo arrojar a las aguas del Rhin

Así el tesoro de los Nibelungos, surgido de las entrañas de la tierra donde lo guardaban

los ambiciosos enanillos, fué a parar a la profundidad de las aguas donde otras divinidades jóvenes, alegres y ligeras—las Ondinas—se apoderaron de él y no lo han restituído a los hombres aún.

Dicen, no obstante, las gentes del país, que cuando en una noche de luna se pasa junto al Rhin, por las proximidades de Worms, se ve, en el fondo del río, el fulgor del oro, y el centelleo de los diamantes; el resplandor del tesoro que fué causa de tantas desgracias y de tanto mal.

XIII

EL AMOR DE ATILA

Cuando Krimhilde supo esta nueva traición de Hagen Tronje, no profirió ni una queja, ni pronunció una sola palabra de acusación. Guardó su dolor y su llanto, y, en la soledad en que se hallaba, infeliz mujer sin marido, sin reino ni riquezas, decidió más que nunca vengar a su héroe amado.

Y he aquí que por entonces imperaba en casi todo el mundo el rey más poderoso, más temido y sanguinario de cuantos han existi-

do (1): Atila, a quien se llamó comúnmente el «azote de Dios», que asoló el Oriente y el Occidente, que saqueó las florecientes Galias, que fué monarca de los hunos y llevó su reino del Theiss al Rhin y del Elba al Danubio.

Pues sucedió que hasta Atila, viudo de una esposa a quien había amado tiernamente, a pesar de su ferocidad habitual e instintiva, llegó la fama de Krimhilde, y no sólo la de su mucha belleza y su aún mayor virtud, sino también la de su fidelidad al recuerdo de su esposo y al dolor de haberlo perdido. Dió en pensar y pensar que sólo aquella mujer cuyo estado de ánimo debía ser tan semejante al

(1) ATILA.—Fué hijo de Mundzuck, rey de los hunos, cuyo territorio abarcaba, según numerosos historiadores, toda la Escitia, desde las orillas del Báltico hasta el mar Negro: los hérulos, los escitas, los ostrogodos, los gépidos, los sármatas y otros pueblos con sus reyes le estuvieron sometidos, formando un poderoso ejército ávido de sangre y botín. A Atila le pintan bajo de cuerpo, muy ancho de pecho, con la nariz aplastada, la cabeza grande, los ojos pequeños, la tez cobriza y el cabello escaso. Tan hábil como cruel, fomentó mil supersticiones acerca de su persona, que contribuyeron a endiosarlo entre las gentes fanáticas de su país y de su época. En cierta ocasión un ermitaño le llamó *Azote de Dios*, y él no sólo aceptó el mote, sino que añadió *que donde pisaba su caballo no volvía a crecer la hierba*. Señor absoluto de los pueblos bárbaros, concibió el proyecto de lanzarlos contra los dos Imperios romanos, cuya civilización odiaba, a pesar de serle desconocida. Entonces empezó aquellas funestas expediciones que parecían destinadas a aniquilar el mundo antiguo. Atila murió en el año 453 y pasó a la posteridad rodeado de terrible aureola, como símbolo de la barbarie, la devastación y el exterminio. La Historia no menciona la abdicación de Atila ni ninguno de los hechos que en el «Poema de los Nibelungos» guardan relación con él.

suyo, pues la pena les igualaba, podía hacerle feliz, y como estaba acostumbrado a que sus deseos fueran leyes para el mundo entero, como lo pensó lo hizo: ordenó al margrave Rudeger que se pusiera en camino hacia Worms, y le dió el mensaje de pedir para él la mano de la reina Krimhilde.

Cuando Rudeger llegó a Worms, las campanas tocaron lúgubrementemente y las gentes cubrieron sus cabezas de luto. Todos conocían a Rudeger como mensajero de Atila, cuyas armas ostentaba, y los mensajes del rey de los hunos solían serlo de desolación y de muerte. Mas pronto se extendió por la ciudad un extraño rumor, que causó el asombro de todos: no era guerra lo que quería Atila sino amor, no iba a llevar a Worms la muerte sino a llevarse él la vida y la alegría en la persona de la reina Krimhilde. Y las buenas gentes se miraban acaso más consternadas que antes, porque sabían que Krimhilde no amaría nunca como había amado a Sigfrido ni consentiría en dar su mano a otro esposo. Y temían el enojo de Atila contra ella y contra la ciudad si se le negaba al mensajero lo que demandaba.

¡ Oh, qué alegría en palacio cuando la orgullosa corte supo que el poderoso Atila les hacía el honor de pedir a una burgundia por esposa ! Y, ¡ oh, qué pena y qué espanto cuando, igual que las buenas gentes de la ciudad, comprendieron que la reina no consentiría jamás en abandonar el túmulo que ahora era su real palacio ! El mensajero tendría que irse como había llegado. Y Atila mismo volvería más tarde con sus hunos para arrasar a la hermosa Worms a sangre y fuego.

—Hace diez años largos que mi hermana vive dentro de una tumba—dijo Gunther, tristemente, al margrave— ; hace diez años que viste de negro luto y que no ve la luz del sol. Temo mucho que no quiera cambiar de vida, ni apartarse del lugar donde yace el que fué su primero y único amor. Además, sus ojos no han cesado de derramar llanto copioso : no haría, ciertamente, una novia muy alegre para tu señor.

Pero el margrave insistió en presentar la demanda de su señor a la misma Krimhilde. Entró en la tumba donde la reina vivía, y le pidió que accediese a ser la esposa del rey Atila. Escuchándole hablar, Krimhilde envuelta

en sus negros velos, creía ser presa de un sueño. ¿Cómo le hablaban de amor a ella, cuyo único y eterno amor yacía allí, enterrado en aquella tumba? Le repugnaba, además, la idea de unirse a aquel soberano odiado de todos, a aquel rey bárbaro cuya ferocidad alcanzaba al límite de la potencia humana. ¿Cómo ella, la perla de Burgundia, la esposa del más puro entre los héroes germánicos podía enlazar su destino a un soberano casi asiático, infiel y sanguinario?

Así pensaba Krimhilde mientras el margrave Rudeger repetía las palabras que allá, en tierras lejanas, le dijera para ella Atila... Pero no protestó ni se negó, airada, como los de Burgundia creían. No pronunció palabra ni levantó los ojos del suelo, y cuando el margrave hubo concluído :

—Necesito tres días para pensar la respuesta que has de llevar a tu señor—dijo.

Y al fin de los tres días, con gran asombro de todos, dijo que sí.

Loco de alegría, el rey Gunther mandó hacer solemnes festejos para despedir a la hermana que iba a ser la más poderosa soberana del mundo. Pero Hagen Tronje no quiso par-

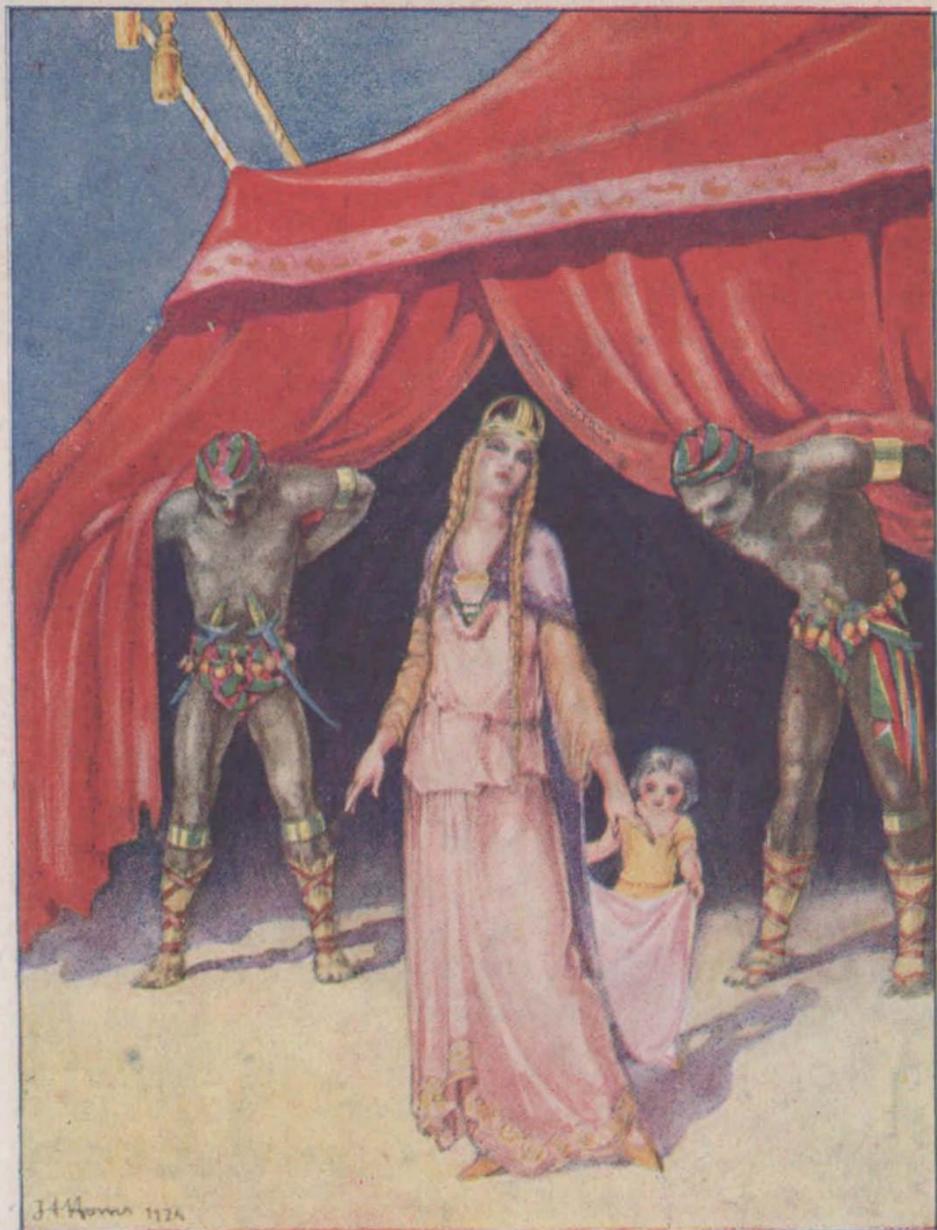
ticipar de aquellos festejos y se mostró cada vez más taciturno y sombrío.

La reina Ute sentíase feliz también al ver salir de la tumba a su hija. E imaginaba para ella el mayor bien. Sólo Hagen Tronje no sonreía : porque presentía para todos el mayor mal.

Giselher y Gerenot, como eran muy jóvenes, sentíanse alegres ante la perspectiva de las nuevas bodas y olvidaban al amado héroe muerto para conversar largamente del inmenso poder del que iba a ser marido de su hermana... Pero Hagen Tronje sabía muy bien que Krimhilde no podía olvidar.

Y llegó al fin el día en que Krimhilde debía partir. Llevaba aún sus vestidos de luto, y los rubios cabellos y el hermoso rostro cubiertos por un velo negro. Cien guerreros y cien doncellas de su país debían escoltarla hasta la frontera donde se encontraría con Atila, su esposo y rey.

Serena, sin derramar una sola lágrima, se despidió Krimhilde de su madre y de sus hermanos y de su bien amada ciudad de Worms. Sólo al besar a Gerenot y a Giselher se advirtió un levísimo temblor en sus labios, pero



...Krimhilde se adelantó a recibir a su nuevo esposo

pronto se repuso y siguió al margrave hasta el lugar en que los caballos estaban dispuestos ya. La comitiva se puso en marcha y la futura reina de los hunos no volvió una sola vez la cabeza para ver de nuevo la ciudad de su amor y de su dolor.

Atravesaron así el país del Rhin, y llegaron a tierras extrañas, junto al Danubio. Allí una maravillosa tienda de campaña, colgada toda de tapices de Oriente—botín de muchos saqueos del rey de los hunos—aguardaba a Krimhilde. Allí debía ir a encontrarla el rey.

Y he aquí que sonaron mil trompetas guerreras: el monarca de los hunos llegaba.

Los esclavos levantaron la regia cortina que cerraba la tienda de la reina y Krimhilde se adelantó a recibir al que iba a ser su nuevo esposo. Y al verla el terrible Atila quedó como cegado, tan bella le pareció.

Por primera vez, después de diez años, la viuda del vencedor del Dragón no iba vestida de negro: la cubría un ropaje espléndido, un vestido todo recamado de piedras preciosas que deslumbraban al mirarlas. Sobre sus cabellos rubios, ciñendo la blanca y altiva frente, llevaba la magnífica corona real. Su rostro

no mostraba la huella del dolor que durante diez años abatiera su atormentada cabeza hacia el suelo ; no era tampoco la suya aquella cándida expresión con que la vimos adelantarse un día tímidamente hacia el vencedor del Dragón. Su potente belleza mostrábase ahora en todo su esplendor ; y su astucia y su firme voluntad femenina en toda su fuerza. La hermosura era ahora para Krimhilde lo que antes había querido que fuera el tesoro que la mano de Hagen Trojen arrojó al Rhin. También Atila iba vestido y coronado de púrpura y oro ; al ver a Krimhilde, dijo con ternura :

—Gracias, Krimhilde de Burgundia ; gracias por haber renunciado en mi honor a tu viudez y a tu fidelidad. Desde ahora tienes el juramento de mi fe.

Las bodas se celebraron en Viena, y dicen los viejos documentos de la ciudad que fué tal su esplendidez, que no parecía sino que el reino era un país de hadas. Y en Burgundia, en tanto, Hagen Tronje no podía conciliar el sueño.

XIV

LA INVITACIÓN DE KRIMHILDE

Krimhilde, a quien el dolor y el odio hacían astuta como pocas mujeres— y se dice que lo son mucho todas—, no mostró en un principio a Atila que hubiera accedido a ser su esposa por lograr cumplida venganza. Antes aguardó que pasaran años, largos años, y se conquistó la simpatía y el amor de sus nuevos súbditos, y vió acrecentarse día a día la fe y la ternura de su esposo, el sanguinario rey. Y sucedió que al cabo de varios años de matrimonio Krimhilde dió a Atila un hijo; un niño rubio y blanco y bello como su madre, la princesa nacida a orillas del Rhin.

La llegada de este hijo al palacio de Atila colmó la dicha del rey de los hunos, que deseaba vivísimamente un heredero varón a quien dejar su poderoso reino. Hizo grandes fiestas en todos sus feudos, concedió a sus súbditos mercedes a manos llenas, dió tregua a las guerras, perdonó a sus enemigos... Mirando a su hijito, reía, lloraba... Estaba como loco... Y cubrió de dádivas a la madre y al niño.

—Pídeme lo que quieras, esposa—dijo a Krimhilde—; no hay cosa en el mundo, por alta que esté o difícil que sea, que yo te pueda negar.

—No quiero ahora gracia alguna—contestó Krimhilde—; pero acaso un día te recuerde tu promesa.

—Cuando lo hagas, sea donde sea, cuando sea y para lo que sea, Atila cumplirá su palabra, que es palabra de rey.

Y un día, pasado algún tiempo, la reina manifestó a su esposo el vivo deseo que sentía de ver a sus hermanos, de los que hacía seis años que estaba separada.

Atila se alegró mucho de conocer aquel deseo de la reina.

—¡Estás tan triste siempre!—dijo, con pe-

na—. Todavía no te he visto reir... Bienvenidos sean los tuyos a mis reinos, si ellos te traen un poco de alegría.

Y el mismo Atila, señor del mundo, envió un mensajero que comunicase a los burgundios el deseo de la reina de los hunos de albergarlos durante algún tiempo en su país.

Cargado de ricos presentes llegó a la lejana ciudad de Worms el mensajero de Atila. Le precedían heraldos y hombres de armas con clarines y atabales. Ante el trono de Worms, ocupado por el siempre taciturno Gunther, el mensajero de Atila habló así:

—Mi señor, el poderoso Atila, rey de los hunos y del mundo de Oriente a Occidente, me envía para deciros cómo Krimhilde, su esposa, reina nuestra y vuestra hermana, os invita a la mayor de las fiestas. ¿No es natural que os envíe emisarios si vosotros, contra lo que prometisteis, no os habéis presentado en tantos años, a verla? Las mujeres de nuestro país, a quienes la reina, vuestra hermana sobrepasa mucho en belleza encuentran por demás extraño que su familia no se preocupe de ella, como si la tuvieran más por afrenta que por orgullo.

Gunther bajó la cabeza, sin responder. Volker, el trovador, preguntó entonces :

—¿Está siempre triste Krimhilde?

—Ahora se muestra tan alegre como si nunca hubiese conocido la pena—repuso el mensajero.

—Debe ser el tuyo un país de milagros—advirtió el trovador—. De fijo que quien allí siembre rosas rojas las cogerá blancas, y al revés. Milagro aún mayor es que haya cambiado tanto la triste Krimhilde.

El mensajero no contestó a las palabras del trovador. Dobló de nuevo la rodilla ante el rey de los burgundios, y repitió :

—La reina os desea y Atila os aguarda. Y mi rey no está acostumbrado a que le hagan esperar ni enemigos ni amigos.

Y dichas estas palabras, el mensajero saludó profundamente ; salió del palacio y emprendió de nuevo el viaje.

En la corte de Worms todo fué confusión entonces.

—Debemos ir—decía el rey, temeroso—, esas últimas palabras más han parecido reto que invitación.

Pero el sombrío Hagen Tronje, más sombrío que nunca, advertía :

—Por eso mismo no debemos ir. Funesta ha de ser la invitación que se confunde con el reto.

Y los hermanos más jóvenes decían, ilusionados con el largo viaje, y con ver de nuevo a la hermana amada :

—Es bien natural que la reina Krimhilde guste, después de tantos años, de ver a los suyos...

Y ahora Gunther añadió, disipado su primer temor por las inocentes palabras de los dos mancebos :

—Yo veo en esa invitación el perdón de Krimhilde y me alegro de que la nube que existía entre ella y nosotros se haya disipado.

Pero Hagen, al oír estas palabras del rey hizo una horrible mueca de disgusto, y dijo, sencillamente :

—Yo no iré.

Gunther de Burgundia creyó haber oído mal.

—¡ No ir !—exclamó—. ¡ Perder el favor de Krimhilde reconquistado después de tantos

años y con tanto esfuerzo ! ¡ Desobedecer la orden de Atila y exponerse a sus iras !

—Más prefiero las iras de Atila desde su lejano país de los hunos que ir yo mismo a meterme, escuchando sus palabras amistosas, en la boca del lobo. Ese viaje, ¡ escuchadlo bien !, es un viaje hacia la muerte—dijo sombría y solemnemente Hagen Tronje.

Entonces Gerenot y Giselher, los hermanos jóvenes del rey, cuyos pies hormigueaban ya, con el deseo del viaje, mientras sus corazones se alborozaban en el anhelo de ver a Krimhilde, contestaron airados.

—¡ Está bien ! Si tienes miedo, quédate, Hagen Tronje.

El terrible guerrero miró a los dos jóvenes con su único ojo y con mirada tan terrible que ellos no pudieron por menos de echarse a temblar.

—Hagen Tronje no sabe lo que es miedo. Que Gunther prepare el viaje y yo iré a su diestra, como siempre he ido. Nadie podrá jamás decir que Hagen abandone en el peligro a su soberano. Sólo me permito daros un consejo : no vayáis al país de Atila como quien

acude a una fiesta, sino más bien como quien se apresta para una batalla.

Y Gunther de Burgundia aceptó el consejo y se preparó para ir al convite de su hermana, como quien se prepara para ir a la guerra. Además de sus dos hermanos, de Hagen Tronje, del trovador y un sacerdote, se presentaron a la partida mil guerreros armados hasta los dientes. Terminados los preparativos, la interminable comitiva—más bien ejército—se dispuso a salir de Worms. Cuando ya se acercaban a las murallas, una mujer cubierta de negros velos, pálida y temblorosa, les salió al encuentro. Era la reina Ute.

—¡Detenéos!—gritó al rey, que iba a la cabeza de sus hombres—. He tenido un mal sueño.

Detuviéronse los burgundios, y Ute siguió hablando.

—He soñado—dijo—que un día bello y soleado, como éste, levantaba el vuelo una bandada de pájaros, que cantaban alegremente. De pronto, una nube negrísima obscureció el cielo y los pájaros, uno después de otro, fueron cayendo muertos al suelo. Y eran tantos,

tantos, que cubrieron la tierra, como las hojas en el otoño.

El rey Gunther no quiso escuchar el triste presagio; Hagen Tronje frunció las cejas y, mirando fijamente a Giselher y Gerenot—los que le habían acusado de cobardía—dió orden a sus guerreros de continuar la marcha. Y con rumbo a las tierras de los hunos, salieron los burgundios de su risueña ciudad de Worms.

XV

LOS NUEVOS NIBELUNGOS

Once días cabalgaron sin cesar y al duodécimo encontraron ante sí el Danubio y vieron que tenían que atravesarlo. Pero no había barca ni barquero y los burgundios empezaron a desanimarse. Giselher y Gerenot, impacientes, propusieron atravesarlo a nado, y aún quisieron dar el ejemplo, pero Gunther se opuso tenazmente. No todos sus guerreros sabían nadar y así, muchos de ellos, tendrían que renunciar al viaje o perecer en medio del río. Entonces dijo el de Tronje:

—No hay río sin barca. Yo iré en busca de ella.

Y se alejó. Como siempre, sombrío, recorrió las orillas del río y anduvo, anduvo, alejándose mucho del lugar donde habían acampado los burgundios. De pronto resonaron en medio del río frescas y alegres carcajadas juveniles. Se acercó Hagen más a la orilla y vió a tres hermosísimas doncellas que jugueteaban bañándose. Hagen Tronje se detuvo un momento para contemplar la graciosa escena. En esto vió que, a sus pies, tenía los trajes de las ninfas, que estaban todos formados de plumas. Reconoció entonces a las que sobre las aguas danzaban : eran las doncellas-cisnes que tenían fama de predecir el porvenir. Entonces, astuto, Hagen Tronje cogió las túnicas de pluma de cisne, y las escondió. Envueltas en sus cabelleras, las ninfas se acercaron a él, gritando :

—Devuélvenos nuestros bellos ropajes, únicos en el mundo, y te predeciremos el porvenir .

El entonces levantó en alto las túnicas anunciando a las ninfas que cuando le hubiesen dicho la suerte que los suyos iban a correr en el país de Atila, les devolvería lo robado. Las ninfas hablaron así :

—Jamás héroe ninguno fué en busca de honores como los que os aguardan en el reino de Atila ; de gloria habéis de cubriros allí ; por los siglos de los siglos las generaciones narrarán vuestra gesta.

Mas he aquí que, cuando Hagen Tronje, muy esperanzado con aquellas palabras, les hubo devuelto sus vestiduras, las bellas ninfas se tornaron repugnantes mujeres que le hicieron muecas y se burlaron de él, diciéndole con voz ronca y espantosa :

—¡ Astuto Hagen ; toda tu astucia no te ha valido para entender bien nuestras palabras ! Los honores que en el reino de Atila os aguardan son los de la muerte ; la gloria que tendréis será la que os corresponderá, porque vuestra muerte será heroica. Las generaciones hablarán de vosotros para decir cosas terribles. Ninguno de los que mañana pasaréis el Danubio para ir al país de los hunos, volverá a pasarlo en viaje de vuelta.

Fingiendo una incredulidad que no sentía, Hagen Trojen contestó riendo :

—Acaso eso que decís sea porque nos guste tanto el país de Atila, que por él nos olvidemos de la hermosa patria. Además, ¿ cómo

es posible que no pudiendo guardar Krimhilde rencor más que a dos de nosotros, perezcan por su culpa más de mil guerreros?

Otra vez hablaron las ondinas :

—Vosotros—dijeron—sois los nuevos Nibelungos que habéis heredado la maldición del tesoro. Por ella pereció Fafner, el Dragón, y, más tarde, por mediación de vuestra mano, Sigfrido. Sois los hombres de las tinieblas y las tinieblas os aguardan. Más de mil caballeros acompañan a Gunther, como tú has dicho, pero sólo uno volverá a Worms : aquel cuya misión es predicar la nueva y única religión y sembrar semilla de paz entre los hombres.

Y Hagen comprendió que se refería al sacerdote.

Las ondinas habían desaparecido y, en el mismo lugar en que las había visto danzar, vió ahora Hagen una gran barca, tripulada por un único y hercúleo barquero. Era, según la tradición cuenta, Gelfrat, el gigante, de quien tan orgullosos estaban los bávaros.

Hagen Tronje le hizo seña de que se acercara para transportarle y el gigante se burló de él, alejándose más y más. Entonces Hagen se arrojó al río, nadó reciamente luchando con-



...lo venció y lo arrojó al agua

tra la corriente del agua, alcanzó la barca, y después de pelear duramente, terriblemente con el gigante, lo venció y lo arrojó al agua.

Se hizo dueño de la enorme barca. Cubierto de sangre, de agua y de pesadumbre hasta el extremo de casi no poder ser reconocido, tomó los remos y llegó, bien entrada la noche, al lugar donde los burgundios le aguardaban. Todos dormían menos Gunther, siempre receloso, y el trovador, que le acompañaba.

A la mañana siguiente, apenas el alba despuntó, empezaron a embarcar los hombres. La barca iba y venía, transportándolos. Y he aquí que cuando transportaba, entre muchos guerreros, al sacerdote, Hagen Tronje, que llevaba el gobierno de la nave siempre, se echó sobre él y sujetándolo con fuerza verdaderamente hercúlea, lo arrojó al río.

—¿Qué haces, Hagen de Tronje?—gritaron a una, horrorizados, los dos jóvenes, Gerenot y Giselher. Y trataron de salvar al naufrago.

—Quiero ver si es posible torcer el Destino —dijo Hagen sombríamente.

Y dió con el remo en la cabeza al sacerdo-

te, al mismo tiempo que apartaba de él la nave.

Y he aquí que el sacerdote no sabía nadar. El golpe de Hagen le había herido además en la cabeza y en un brazo. Se dispuso, pues, a morir, y como buen cristiano que era, hizo la señal de la cruz, antes de entregar a Dios el último aliento.

Y he aquí que, a los maravillados ojos de los burgundios, surgió entonces el milagro. Las olas hincharon sus vestiduras, la corriente lo transportó y, lentamente ganó la orilla que hacía poco había dejado.

Cuando los últimos burgundios hubieron pasado, Hagen Tronje arrojó los remos al río y con su hacha destrozó la nave.

Gerenot y Giselher lanzaron un grito :

—¿Qué haces, Hagen Tronje!—preguntaron de nuevo—. ¿Cómo volveremos a Worms?

Y él contestó, más sombrío y más siniestro que nunca :

—Los Nibelungos no necesitarán barca para pasar el Danubio, porque no volverán a Worms. Bien acabo de ver que el Destino no puede torcerse.

XVI

LA VENGANZA DE KRIMHILDE

No eran vanos los temores de Hagen. En el país de los hunos, al que se dirigieran en traza guerrera, en traza guerrera se les recibió. La un día dulce Krimhilde a quien el dolor había trastornado y el rencor endurecido, no tuvo para los nuevos Nibelungos piedad.

Tras un frío recibimiento en el que Krimhilde no quiso besar ni aún a sus hermanos pequeños, a los que tan tiernamente había antes amado, los nuevos Nibelungos fueron invitados a un espléndido banquete que debía presidir Atila.

Fué un banquete de reyes, ciertamente. En

la mesa principal se sentaban Krimhilde y Atila, Gunther y sus dos hermanos, Hagen Tronje, Teodorico, el príncipe tributario de Dinamarca y de Turingia, y el margrave Rudiger. En las demás mesas, que eran cien se sentaban mezclados los hunos y los burgundios más distinguidos excepto uno de los últimos a quien Hagen Tronje había ordenado que, en la sombra, vigilara. Los demás, hasta trescientos, estaban colocados por Hagen en diversos puntos estratégicos de la ciudad.

Los vasos y los platos del banquete eran de oro macizo y la cristalería de un tallado magnífico. Hacia el fin del banquete los burgundios mostrábanse algo más confiados.

Fué entonces cuando Atila, con gozosa expresión, se volvió al rey de Burgundia y a sus hermanos, diciéndoles :

—Quiero que conozcáis a mi hijo, vuestro sobrino.

E hizo traer al niño, que era rubio como un ángel y hermoso como un sol.

Atila lo contemplaba con ternura infinita, los burgundios con admiración y aún Krimhilde, en quien el deseo de venganza había

ahogado toda piedad no pudo menos de sonreírle dulcemente.

—He aquí al hijo de Krimhilde de Burgundia y de Atila, soberano de Oriente y Occidente, ¿no creéis que rama que riega savia tan poderosa ha de ser fuerte y gloriosa?

Gunther no pronunció palabra. Hagen Tronje levantó la voz, contestando por él:

—Deja ¡oh rey de los bárbaros! que contemple al niño más de cerca. Sabes que tengo algo de nigromante y acaso podré predecir su porvenir.

Atila ordenó que el niño fuese llevado a donde estaba Hagen Tronje. El angelito jugueteaba con la armadura del guerrero y no parecía asustarse de la fría mirada de su único ojo. El Nibelungo le contempló largamente.

—Esta rama ha surgido de un viejo tronco —dijo—. No prosperará. La muerte del hijo de Atila y Krimhilde está próxima.

Nadie se atrevió a responder a tan lúgubres palabras. Sólo Krimhilde lanzó al asesino de Sigfrido una mirada de odio y sus manos se tendieron como para proteger a su hijo.

Y he aquí que, en aquel momento, se abre

la puerta del salón del banquete y entra el guerrero burgundio a quien Hagen Tronje había dado encargo de vigilar.

—¡ Traición ! ¡ Traición ! Mientras en este banquete fraternizáis con Atila y su esposa, los soldados hunos se han echado sobre nuestros trescientos guerreros, asesinándolos ! ¡ Así cumplen la ley de hospitalidad !

Fué la señal. Una enorme confusión reinó en el salón desde aquel momento. Por encima de los juramentos, de los gritos, de las exclamaciones, se oyó, patética, la voz de Krimhilde :

—¡ Mi hijo ! ¡ Mi hijo !

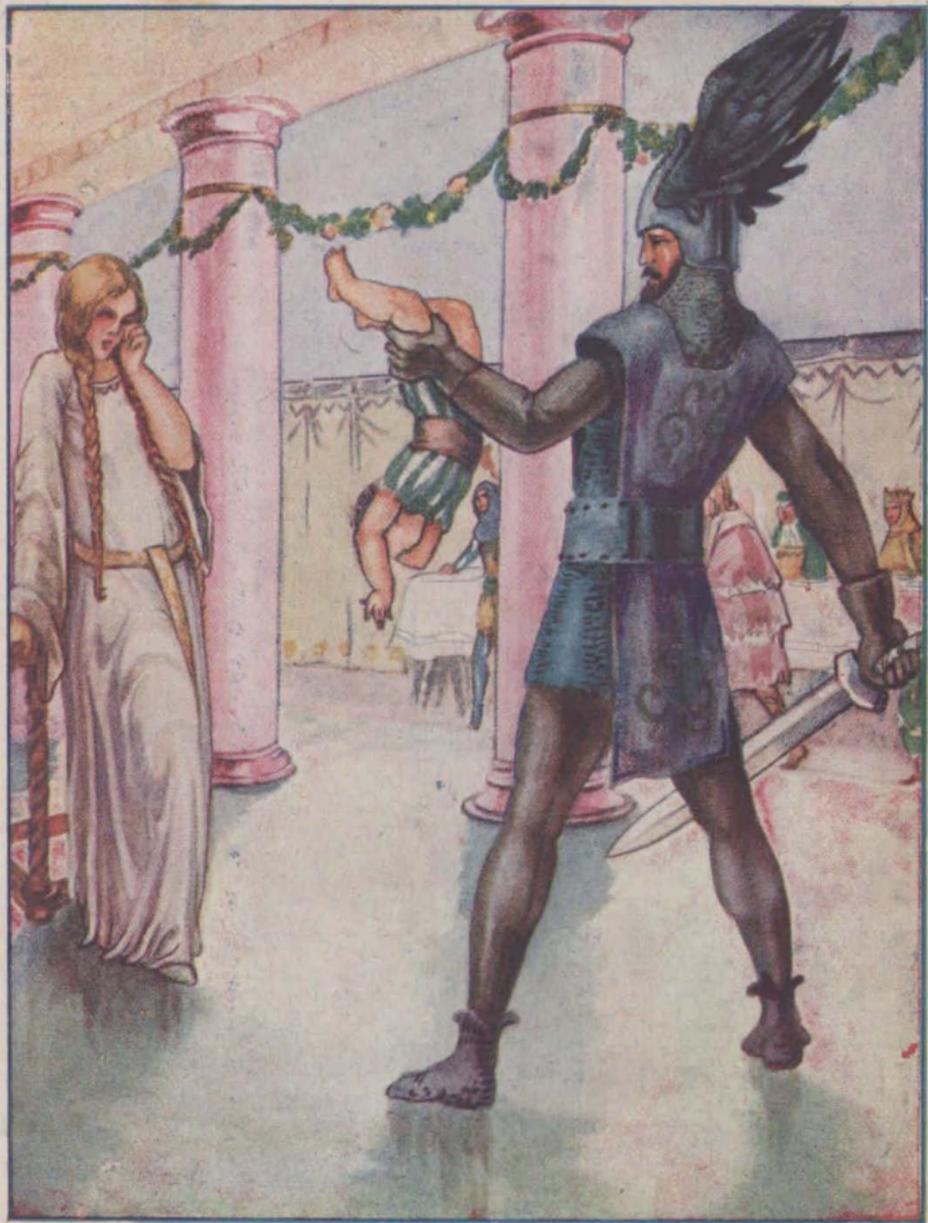
Pero Hagen Tronje tenía al niño en una mano y en la otra la espada.

—Tu hijo paga por nuestros soldados muertos—dijo fríamente.

Y cortó la inocente cabeza.

* * *

No queremos describir los horrores que siguieron a este horrible momento. Implacable, Krimhilde, no tuvo piedad ni aún de sus inocentes hermanos pequeños. La sala del



Tu hijo paga por nuestros soldados.

banquete, en que se encerró a los Nibelungos, fué presa de las llamas, y dentro de ella perecieron todos, todos, los que de Worms salieran. El último en morir fué el pérfido Hagen, a quien dió muerte con sus manos la propia Krimhilde. Pero no sin que, en la lucha, casi al mismo tiempo, le diera él muerte a ella también.

Horrorizado el mismo Atila, cansado de tanta sangre y de tanto crimen, perdido para él lo único que en el mundo había amado—su esposa y su hijo—renunció a la corona del mundo que abdicó en Teodorico de Italia.

Y Teodorico, que era ya cristiano, la aceptó en nombre del Dios cuyo reino no es de este mundo, en nombre de JESÚS.



